

TAKIS FOTOPOULOS

HACIA UNA DEMOCRACIA INCLUSIVA

La crisis de la economía de crecimiento y
la necesidad de un nuevo proyecto liberador



Título original en inglés:
*Towards an inclusive democracy:
 the crisis of the growth economy and
 the need for a new liberatory project*

Cassell Wellington House
 125 Strand, London WC2R 0BB
 127 West 24th Street, New York, NY 10011

© Takis Fotopoulos, 1997

© Para esta edición, Editorial Nordan-Comunidad
 Avda. Milán 4113, 12900 Montevideo
 Tel: (598-2) 305 5609, fax: 308 1640
 E-mail: nordan@nordan.com.uy
 www.nordan.com.uy

Traducción: Bibiana Arcondo y Ana Elena Guyer
 Revisión: Rafael Spósito

Diseño de tapa y diagramación: Ruben G. Prieto
 Armado: Javier Fraga

ISBN (Nordan): 9974-42-098-9
 D.L. 321.801/02 - Primavera de 2002

Presentación y crítica	
<i>La irresistible (y necesaria) tentación de los proyectos liberadores</i>	7
Rafael Spósito	
Prólogo a la edición en castellano	15
Reconocimientos	17
Introducción	19
<i>Primera parte</i>	
La crisis de la economía de crecimiento	
<i>Capítulo 1</i>	
La economía de mercado y el proceso de mercantilización	25
De mercados a economías de mercado	26
El proceso de mercantilización: la fase liberal	34
El proceso de mercantilización: la fase Estatista	39
El proceso de mercantilización: la fase neoliberal	49
La internacionalización y el Estado-nación	59
<i>Capítulo 2</i>	
La economía de mercado y el estatismo socialista	73
El surgimiento de la economía de crecimiento	74
La caída de la economía 'socialista' de crecimiento en el Este	82
El colapso de la socialdemocracia en el Oeste	91
Por qué fracasó el sistema 'socialista'	103
<i>Capítulo 3</i>	
La economía de crecimiento y el Sur	111
El fracaso de la economía de crecimiento en el Sur	112
Los enfoques convencionales del desarrollo	117
La dimensión ecológica del desarrollo	126
Democracia y desarrollo	128

<i>Capítulo 4</i>	
La crisis generalizada de la economía de crecimiento capitalista	135
Una crisis multidimensional	135
La economía de crecimiento y la crisis ecológica	142
¿Existe una salida?	148

Segunda parte

Hacia una democracia confederal inclusiva

<i>Capítulo 5</i>	
Hacia una nueva concepción de la democracia	161
La democracia y la economía de crecimiento	161
Democracia, libertad y autonomía	164
Las concepciones de democracia	172
La concepción de una democracia inclusiva	188

<i>Capítulo 6</i>	
Una democracia inclusiva confederal	203
Democracia y comunidad	203
Las condiciones previas de la democracia económica	214
Bosquejo de un modelo de democracia económica	228

<i>Capítulo 7</i>	
Desde ‘aquí’ hasta ‘allá’	245
Un nuevo tipo de política	245
La transición a la democracia económica	256

Tercera parte

Hacia un racionalismo democrático

<i>Capítulo 8</i>	
¿Cómo justificamos el proyecto de una democracia inclusiva?	269
El mito de la objetividad: la ‘objetividad’ ortodoxa	270
El mito de la objetividad: la ‘objetividad’ dialéctica	278
Más allá del ‘objetivismo’, el irracionalismo y el relativismo	297

Epílogo	311
---------------	-----

Bibliografía escogida	313
-----------------------------	-----

Índice de nombres	323
-------------------------	-----

Presentación y perspectivas

La irresistible (y necesaria) tentación de los proyectos liberadores

El perro ve morir a otros perros, pero no sabe -por lo menos, no sabe por fuerza de silogismo- que también él es mortal. Sócrates lo sabe. Y porque lo sabe es capaz de ironía.

Umberto Eco

El economista ortodoxo, héroe cultural de corta duración y corto vuelo -o, lo que es lo mismo, el politólogo de la gobernabilidad o el sociólogo del consenso, reconocidos pecuniariamente por el mercado y capaces de repetitivos gestos de “seriedad”, “responsabilidad ciudadana” y “buena conducta”-, ve derrumbarse, tarde o temprano y uno a uno, los planes de “prosperidad” de sus pragmáticos pares; pero no se percató -porque se lo impiden rigurosamente los formalismos de construcción de su teoría, los contenidos de su pensamiento y las articulaciones sociales en que está envuelto- que él mismo habrá de sucumbir con sus propios planes y delirios, con mucha pena y ninguna gloria, en algún imprevisible momento de un porvenir que se nos ocurre o se nos antoja o lo deseamos próximo. Takis Fotopoulos -tan radicalmente griego como Sócrates, en definitiva- sí se percató y lo sabe. Y porque se percató y lo sabe es capaz de sobreponerse como muchos otros al chantaje de quienes se adjudican la determinación de lo posible y lo imposible, de pensar con vocación alternativa la crisis del mundo actual y de plegarse al caudaloso torrente de aquellos que continúan, perseverantemente y con razón, urdiendo utopías y proyectos realmente liberadores. *Hacia una democracia inclusiva* se ubica precisamente en esas coordenadas -si es que cabe llamarlas así- y, al menos para el lector de habla hispana, lo hace en la mejor y la más oportuna de las circunstancias; en un tiempo que -en medio de amenazas múltiples, catástrofes varias e incertidumbres a granel; en plena declinación y puesta en suspenso de esa promesa bíblica y reaccionaria que creyó en su definitiva institucionalización- vuelve a ser políticamente fermental, agitado y convulso, recupera anhelos emancipatorios y energías del mismo talante y, una vez más, alberga amplios espacios de rediseño y trabajo en pos de esa meta inmarcesible de una sociedad sin dominados ni dominadores.

Un poco de historia reciente

Para calibrarlo vale la pena que hagamos ahora -a vuelo rasante y señalando solamente aquellos mojoneros que vienen a propósito de nuestra fundamentación- un poco de historia reciente. A fines de los años 60, los cimientos del Estado benefactor anunciaban su más o menos próximo resquebrajamiento y la dinámica de crecimiento capitalista -que pareció feliz e incontenible durante las primeras dos décadas y media de la segunda posguerra mundial- ofrecía ya algunos, y muy serios, síntomas de debilidad. La crisis epocal, sin embargo, iba más allá de tales cosas y se planteaba ya como crisis civilizatoria; una constancia de la cual el “mayo francés” fuera no su efecto exclusivo pero sí el más emblemático desde aquel entonces. Los años 70 parecieron en sus co-

mienzos tiempos de revolución y como tales fueron vividos en vastos sectores de la militancia izquierdista de los cinco continentes y en América Latina con énfasis particular.¹ Los temblores de los países capitalistas más avanzados -que asistieron impávidos y sin respuesta inmediata a fisuras tan importantes como la del sistema financiero internacional nacido en Bretton Woods o a la puesta en cuestión de su matriz energética; con la declaración de inconvertibilidad del dólar en 1971 y la crisis de abastecimientos petrolíferos entre 1973 y 1975, respectivamente- no hacían otra cosa que confirmarlo. Es cierto que las dictaduras militares latinoamericanas representaron un retroceso evidente y un freno al entusiasmo, pero también era posible tomar nota en esos mismos años del vergonzante retiro de las tropas estadounidenses del sudeste asiático y prorrogar la esperanza en los avances del campo "socialista". Eso fue lo que, ilusoriamente, parecía consumarse en Etiopía, Angola o Mozambique, en Vietnam, Camboya o Afganistán, sin olvidar que los años 70 se clausuran con el derrocamiento del Sha de Irán y de la dinastía Somoza en Nicaragua.

Si los años 70 fueron de confianza ciega en una concepción determinista y evolucionista de la historia, a cuyo inexorable despliegue supuestamente se asistía, los años 80 verán manifestarse rotundamente tendencias orientadas en un sentido opuesto. Los personajes de la década serán ahora, por orden de aparición, Margaret Thatcher, Ronald Reagan y Mijail Gorbachov: los dos primeros -con el invaluable auxilio de los *Chicago boys*- se encargarán de renovar las potencialidades del crecimiento capitalista² al tiempo que se abocan a una vasta y todavía inconclusa reconversión de sus propios Estados y economías y los de su esfera internacional de influencia mientras que el tercero procederá inicialmente a la reestructura de su campo de fuerzas para transformarse, finalmente, en el involuntario espectador de su implosión y su desguace. A fines de los años 80, entonces, el "efecto dominó" tendrá una escenografía bien diferente a la que se suponía: ahora los que caerán uno a uno y en bloque serán los países del área soviética, ofreciendo su remate simbólico mayor con el derrumbe, piedra sobre piedra, del ominoso Muro de Berlín.

Todo estaba bien dispuesto, pues, para que en el despuntar mismo de los años 90 tuviéramos que aceptar -asimilando, de mal humor y con bronca, retrocesos y derrotas- la emergencia de uno de los mayores esperpentos teórico-ideológicos del siglo que fenecía: Francis Fukuyama nos anunciaba, en clave hegeliana pero con usos bien distintos a los de la tradición marxista, que había llegado el fin de la historia y que el destino del último hombre no era otro que el imperio de la democracia parlamentaria y de un capitalismo de mercados libérrimos y planetarios.³ Sólo faltaba, para completar la trilogía y el mensaje salvífico de los principales centros de poder mundial, que, algo más avanzada la década, se uniera y se impusiera, como pilar culminante, la noción de "globalización"; quizás para dar a entender que desde ese momento no quedaban por delante más alternativas ni escapatorias que suscribir y rubricar un proyecto uniformizado de convivencia. El fin del segundo milenio de la era cristiana parecía no querer acoger las vibraciones utópicas del anterior; o, peor aún, a comienzos de los años 90 la utopía decía haberse realizado ya bajo su nuevo ropaje neoliberal y sólo quedaba aguardar, en los tiempos por venir, la extensión indefinida de sus dominios.

Sin embargo, el alborozo inconciente y el frenesí triunfalista que acompañaron esa nueva hegemonía ideológica proclamadamente progresista pero raigalmente reaccionaria duraron menos que un lirio. Primero, los zapatistas estremecieron la Selva Lacandona y aguaron la fiesta del recién suscrito Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México; luego, grandes huelgas en Francia y en Corea se encargaban de oponer cerril resistencia a reformas de signo "neoliberal" en el campo de la seguridad social y de los contratos laborales, respectivamente; más tarde, sendos

levantamientos populares en Indonesia y Ecuador hacían tambalear los equilibrios político-institucionales de ambos países. Paralelamente, la Arcadia reconquistada de los "libres" mercados capitalistas, la globalización y la apropiación indiscriminada y comercial de la naturaleza veía oscurecerse, a partir de su propia lógica de desenvolvimiento, sus efímeros días de vino y rosas: la burbuja financiera colapsaba primero en México, en 1994, con su correspondiente "efecto tequila"; luego, dejaba un profuso tendal de damnificados en el sudeste asiático durante 1997; casi enseguida, en 1998, marcaría con sus huellas a Rusia y; por último, se instalaría con sus premuras y desquicios en Brasil, Argentina y Uruguay, desde 1999 en adelante. Como culminación y confluencia de ambas secuencias, el siglo XX termina no sin antes haber sumergido en la pila bautismal al llamado movimiento "anti-globalizador" como resumen mayor del nuevo flujo movilizador.

En este cuadro de acontecimientos, bien puede decirse que la edición inglesa de *Hacia una democracia inclusiva* (1997) representó en esa ocasión, entre otras cosas y en su articulación con el mismo, una lúcida advertencia en relación con los contenidos profundos de una crisis que ya podía llegar a intuirse y que no se limitaba entonces ni se limita ahora a sus manifestaciones más evidentes. La crisis, según Fotopoulos, es una crisis de la economía de mercado en su propia esencialidad definitoria y de la economía de crecimiento en tanto su consecuencia lógica.⁴ Una crisis que ya ha herido de muerte a sus variantes y estrategias estatistas y desarrollistas -sin posibilidades de competir en la desenfadada carrera del crecimiento- y que ahora se proyecta sobre su núcleo mismo. Una crisis que -agregamos nosotros, con idénticas pretensiones de radicalidad- también puede interpretarse como un estremecimiento de la modernidad y de sus bases de poder. Una crisis cuya resolución exige bastante más que reacomodos, retoques y rectificaciones. Así las cosas, la edición castellana del libro que ahora presentamos encuentra su exacta oportunidad -su *kairós*, diría algún antiguo filósofo griego- en este momento en que, una vez más, nos vemos empujados, alentados y acuciados, con fuerzas redobladas, a pensar y reanimar nuevos proyectos liberadores.

Historia y autonomía

¿Cuáles son, a todo esto, las imágenes que nos devuelve la historia y cuáles las representaciones que podemos hacernos de la misma? ¿Es realmente la historia un designio de seres superiores, una sucesión de modos de producción, un recorrido lineal y previsible a horcajadas del progreso, una repetición de ciclos con sus eternos retornos, un corral de ramas más allá del cual no es posible otear futuro alguno? ¿O es que acaso podemos hacerle todavía un lugar a la fantasía y concebirla como un dibujo caótico en algún hiperespacio sin límites, imaginario y metafórico, en el que se combinan desfileros, emboscadas, laberintos, transversalidades, redes y bifurcaciones? Para Fotopoulos, la historia es, clara y contundentemente, virtualidad, apuesta y riesgo; *polemos*, *poiesis* y *praxis*; la escenografía que habrá de brindarnos o no la mágica contingencia de la autonomía: esa posibilidad post-trágica o para-trágica en la cual se manifiesta la capacidad de individuos y colectivos para darse sus propias leyes y fijarse sus propios derroteros. Propiedad ésta, la de las virtualidades autonómicas, que no todas las sociedades ni todos los períodos ofrecieron o consumaron con la misma intensidad; aunque nada tenga de osado decir que todas las sociedades hubieran podido y pueden emanciparse en un período o en otro de aquellas leyes, trascendentes o inmanentes, procedentes de la divinidad o de su hipotéticamente propia e incontrolable mecánica, que se ubican por encima o por fuera de su intransferible devenir. Para Fotopoulos, esa alquimia, esa conjunción misteriosa e indescifrable en sus dinamis-

más íntimos, encontró su primer esplendor en la vieja Atenas democrática, entre los siglos VI y IV a.C., para repetirse luego sólo en muy contadas ocasiones a lo largo y a lo ancho de la peripecia humana.⁵

La autonomía, en definitiva, no es otra cosa -abundando algo más en el asunto- que la capacidad generada conciente y expresamente de una sociedad para pensarse a sí misma, sobreponerse a condicionamientos y extorsiones de cualquier origen y fijar con el máximo margen de libertad históricamente posible sus propios objetivos, sus propias relaciones de convivencia y sus propios cursos de acción. Esa adquisición societal, además, no resulta de ninguna predestinación, de ninguna conspiración, de ninguna casualidad, de ninguna ingeniería y de ningún poder omnisciente capaz de resolver y aplicar por su sólo desarrollo un infalible algoritmo de construcción. No hay allí ciencia sino conciencia como producto históricamente variable del libre juego de las opiniones y de las síntesis a que éste dé lugar: conciencia de sí, conciencia de sus necesidades y deseos y conciencia de sus potencialidades. En otras palabras; la autonomía de un colectivo cualquiera expresa exactamente lo opuesto de las dos grandes concepciones de la historia predominantes a lo largo de los dos últimos siglos: aquélla que la concibe como un desfile marcial e irrefrenable de la racionalidad y del progreso y a éstos como la consecuencia de la "libertad de elegir" entre indefinidas operaciones de mercado y aquélla que la supone determinada a partir de un mecanismo oculto pero omnipotente según el cual el desarrollo de las fuerzas productivas puede por sí mismo desembocar en revoluciones, socialismos y emancipaciones igualmente inexorables.

Miradas así las cosas, los tecnócratas de moda objetarán que no se trata más que de un indeseable y diletante *revival* de la filosofía política y que ello es apenas una excentricidad del pensamiento ya periclitada y definitivamente superada por los mecanismos de autorregulación del mercado capitalista o un intento postrero y desesperado por cuestionar y trascender la organización democrático-parlamentaria o un conato condenado al fracaso en vista de las inevitables e irreversibles consecuencias y "victorias" de la "globalización". Sin embargo, tales sujetos no pueden hacer gala más que de su radical miopía e ignoran ufanamente que sus episódicos "triumfos" no son absolutos ni definitivos sino a lo sumo un momento histórico bien preciso y delimitado; ignoran o se resisten a reconocer, por supuesto, su propio y ya evidente fracaso y; por último, ignoran también que dichas cosas son efectos concretos de ciertas relaciones de poder y no el despliegue espontáneo de una racionalidad invisible e invencible. Peor aún, ignoran incluso que la propia tradición liberal a la que ellos dicen pertenecer ha restaurado hace rato largo, en su propio terreno, la reflexión en materia de filosofía política y que ni siquiera esa elaboración en su mismo vecindario doctrinal supone que la justicia como tal pueda ser un producto automático e independiente de la acción colectiva deliberada.⁶

La autonomía, entonces, resulta ser la piedra de toque de una cierta filosofía de la historia, de un proyecto fundacional y, por extensión, también de una práctica política consecuente. Para quienes se hayan formado en alguna de las tradiciones socialistas que tienen su origen en la 1ª Internacional será fácil ubicar proximidades y parentescos con el anarquismo clásico; muy especialmente con la inflexión más marcadamente "voluntarista" en la que se ubicara Errico Malatesta, en amistosa contraposición con el optimismo profético y casi "milenario" de Mijaíl Bakunin o el igualmente confiado científicismo de Piotr Kropotkin. No obstante esta familiaridad implícita, que Fotopoulos no llega a explorar, es obvio que éste traza para su concepción una genealogía ideológica distinta y la apoya en una trama teórica algo diversa; aun cuando una y otra presentan con aquélla numerosos puntos de contacto e intersección, sobre todo desde el "mayo francés" en adelante. Así, la concepción autonomista también retoma y extien-

de los presupuestos igualitaristas, se fundamenta en una crítica de las relaciones de dominación y conjetura tácitamente acerca de los probables sujetos de un proyecto liberador en torno a los nuevos movimientos sociales.

El proyecto liberador

La autonomía, no como confianza o certeza en un porvenir milenarista o en primordiales operaciones de ingeniería social, que tan devastadoras consecuencias tuvieran en algunas de las corrientes socialistas clásicas, sino en tanto capacidad colectiva de construir la propia historia, se manifiesta en la formulación, en la adopción y en la puesta en marcha de un proyecto liberador y desemboca o se realiza en la edificación conciente de la utopía; una utopía que ya nada tendrá que ver con un prolijo, acabado y arquitectónico diseño autoritario sino que no podrá menos que reconocerse como libertario desde el mismo punto de partida. Si la autonomía es la base y la condición de posibilidad, y la libertad es el horizonte de transformación, democracia inclusiva es la expresión que Fotopoulos entiende como la más apropiada para delatar el carácter o el diagrama organizativo del proyecto liberador al que se adscribe: un proyecto que dice nutrirse de aquellos troncos militantes cuya integridad ha llegado indemne hasta nuestros días. Así, la democracia inclusiva se propone como un resumen, como una síntesis, de las mejores tradiciones proyectuales del socialismo libertario, del municipalismo, de la ecología social, del feminismo y, por supuesto, de las corrientes autonomistas. Una síntesis, sí; pero no por ello carente de puntuales contrapuntos a diestra y siniestra con aquellos elementos de las distintas vertientes en las que Fotopoulos abreva y que, desde su punto de vista, representan desarrollos insuficientes, intuiciones erróneas o, incluso, contradicciones e incongruencias con la formulación global y coherente que ese proyecto liberador reclama para sí.

Esta democracia inclusiva abarca, para Fotopoulos, al menos cuatro dimensiones: la política, naturalmente, pero también la económica, la social y la ecológica. Sólo a través de esta amplitud, de este agotamiento de la democracia en todos los campos de convivencia y en su relación con el marco natural es posible evitar la indefinida degradación de un concepto que, en sus usos habituales y predominantes, ha extraviado hace rato el sentido, el impulso y los significados profundos que alguna vez le confirieron -usaran o no el término- la vieja Atenas, las ciudades medievales libres, la reflexión renacentista, la revolución francesa, los movimientos obreros del siglo XIX y las transformaciones impulsadas por el anarcosindicalismo español entre 1936 y 1939. Para ello debe nutrirse desde sus mismas raíces, fecundarse como un espacio de igualdad y fundarse sobre una nueva cultura asamblearia: constituirse y completarse a sí misma como una democracia de las reuniones públicas, como una democracia autogestionaria y, en definitiva, también como una democracia directa y sin mediaciones. Sólo así, según lo da a entender Fotopoulos, el vocablo democracia recuperará sus evocaciones y contenidos originales y se purgará conceptualmente de la secular confusión que lo ha identificado meramente con una forma de gobierno, con un estilo de representación y con sus correspondientes recipientes parlamentarios. Todo ello, a su vez, abre paso a una noción de ciudadanía que lejos está de limitarse a ese ejercicio de voto a través del cual se renuncia a la asunción permanente de toda soberanía y se abdica de toda responsabilidad.

Hechas estas precisiones definicionales, se trata de cerrar lógicamente el círculo y Fotopoulos lo hará recurriendo a viejos principios organizativos y de interconexión de núcleos democráticos que probablemente encuentren su remoto origen en las ligas y anfictionías de la Grecia clásica pero que contemporáneamente se reconocen a sí mis-

Prólogo a la edición en castellano

La presente edición en castellano de *Democracia Inclusiva*, luego de su primera publicación en inglés, posteriormente en Italiano y griego y próximamente en alemán y francés, es de particular importancia para el proyecto de una Democracia Inclusiva. Esto es debido a que la tradición socialista y, particularmente, su vertiente libertaria, a la cual este proyecto espera contribuir, ha sido siempre especialmente fuerte en América Latina y España, tanto en la teoría como en la práctica. La Guerra Civil Española y las posteriores luchas por la liberación en América Latina son ejemplos obvios.

Hoy, luego del colapso del estatismo socialista, ya sea en la forma de 'socialismo real' o en la forma de socialdemocracia, hay una oportunidad histórica para la regeneración del socialismo libertario y de las tradiciones democráticas. Es particularmente así, ahora que es obvio que la Tercera Vía, que fue supuestamente creada para la toma del poder por los gobiernos de centro izquierda de Europa, las Américas y cualquier otro sitio, es singularmente inadecuada para revertir el actual proceso de concentración del poder. Pero, es la crónica concentración de poder (el resultado inevitable de la separación de la sociedad de la política y la economía que fue introducida a lo largo y ancho del mundo en los últimos siglos dentro del marco de la economía de mercado y la democracia representativa), la que es la causa última de la crisis multi-dimensional actual. En efecto, dentro de la economía de mercado internacionalizada presente, los controles para la protección de la sociedad y de la naturaleza de los trabajos del mercado, no son factibles ya más. A la vez, la internacionalización de la economía de mercado misma es irreversible ya que ello representa el resultado inevitable de la dinámica de crecer-o-morir.

Sin embargo, una regeneración de las tradiciones libertarias y democráticas hoy podría no sólo significar el retorno a los clichés del siglo XIX, ni por supuesto recurrir a las estrategias del estilo de vida a-político, como promueven hoy los libertarios anglosajones. El fuerte elemento político en las tradiciones libertarias del mundo de habla hispana podría en consecuencia jugar un rol decisivo en el renacimiento de esta tradición. En el umbral de un nuevo milenio, la necesidad de reformular un nuevo proyecto liberador para la realidad de hoy es imperativa. El proyecto para una Democracia Inclusiva es, en consecuencia, propuesto no sólo como otra utopía libertaria sino, en efecto, como quizás la única salida realista de la crisis crónica y, hoy, generalizada en un esfuerzo de integrar la sociedad con la política, la economía y la naturaleza.

Desearía, antes que nada, agradecer a mis colegas del consejo editorial de *Democracia y Naturaleza* (formalmente *Sociedad y Naturaleza*) donde fuera previamente publicado parte del material contenido en este libro. La constante discusión teórica en la que he estado comprometido en los últimos cuatro años con los editores de las versiones en inglés y griego de dicha revista, T. Papadopoulos, N. Raptis y P. Stravropoulos, fueron inmensamente estimulantes y me ayudaron en la clarificación de numerosos temas importantes. Igualmente, los comentarios perceptivos de Murray Bookchin y Cornelius Castoriadis fueron de particular significación en el desarrollo de algunas de las ideas de este libro. Quiero también agradecer a Stephen Millett, cuyos comentarios sobre el modelo de democracia económica fueron sumamente útiles.

Estoy particularmente agradecido a Riki Matthews por su consejo y escrupulosa lectura y corrección de manuscritos de este libro, así como Charlotte Ridings y Alan Foster, de la editorial Cassell, por sus trabajos profesionales. Quiero también expresar mi gratitud a mis editores Steve Cook y Jane Greenwood de Cassell por alentar la publicación de este libro y del cuidado general durante la preparación del manuscrito respectivamente. Por último, pero no menos importante, está mi compañera Sia y mi hijo Costas quienes me han ayudado con sus valiosos consejos y apoyo a lo largo de la preparación de este libro.

Por lo demás, las visiones que expreso en las páginas que siguen son íntegramente mías y por lo tanto asumo la absoluta responsabilidad por cualquier error que el libro pueda contener.

Takis Fotopoulos
Junio de 1996

El colapso del 'socialismo real' no refleja 'el triunfo del capitalismo', como han celebrado sus ideólogos. Ni, por supuesto, proporciona justificación para un sistema social que, en su presente universalidad, condena a la miseria e inseguridad a la gran mayoría de la población del mundo y amenaza al planeta con una catástrofe ecológica. Además, esto no anuncia la histórica victoria del estatismo 'socialista' Occidental sobre el estatismo 'socialista' Oriental, como los socialdemócratas se han apresurado a declarar. La socialdemocracia, en la forma que dominó el cuarto de siglo después de la Segunda Guerra Mundial (compromiso estatal con el Estado de bienestar, pleno empleo y la redistribución de ingresos y riqueza en favor de los grupos sociales más débiles) está muerta y ha sido reemplazada por el presente consenso neoliberal ('redes de seguridad', flexibilidad en los mercados laborales y redistribución del ingreso y la riqueza en favor de los grupos sociales privilegiados). En consecuencia, lo que el desmantelamiento del 'socialismo real' y el paralelo colapso de la socialdemocracia ha mostrado es la desintegración final del estatismo socialista, esto es, la tradición histórica que aspiraba conquistar el poder estatal, legalmente o por medios revolucionarios, como condición necesaria para dar origen a una transformación social radical.

De cualquier manera, también antes del actual desmantelamiento del estatismo socialista (por razones relacionadas a sus propias contradicciones, así como a cambios estructurales en el sistema de la 'economía de mercado', a las cuales nos dedicaremos en la primera parte de este libro), era obvio que había una incompatibilidad fundamental entre el proyecto de Estado socialista y la demanda para la creación de condiciones de participación igualitaria en el poder económico, político y social entre todos los ciudadanos. La propiedad estatal y el control de los recursos económicos, aun cuando condujo a la seguridad de empleo y mejoras significativas en la distribución de ingresos y riqueza, se mostró completamente inadecuado para la creación de una democracia económica, especialmente para la participación igualitaria en el poder económico, sin mencionar las condiciones para la participación igualitaria en el poder político. Además, el estatismo socialista no hizo ningún progreso significativo en la creación de condiciones de democracia en la esfera social general, es decir, la familia, el lugar de trabajo, las instituciones educativas, etc.

Al entrar en un nuevo milenio, el desarrollo de un nuevo proyecto liberador que debería representar tanto la síntesis como la trascendencia de los mayores movimientos sociales que buscan el cambio, es imperativo. Por lo tanto, hoy el significado de democracia puede únicamente ser derivado desde una síntesis de las dos mayores tradiciones históricas, especialmente la democrática y la socialista con las tradiciones

verde radical, feminista y libertaria. Primero definir el contenido político y económico de democracia ('democracia directa' y 'democracia económica') y luego definir sus contenidos ecológicos y sociales ('democracia ecológica' y 'democracia en el área social', por ejemplo, democracia en el lugar de trabajo, la familia, etc.). Entonces, el nuevo proyecto liberador no puede dejar de ser un proyecto por una *democracia inclusiva* que debería extenderse al dominio público, más allá del dominio político tradicional, hacia el económico y amplios dominios sociales.

En consecuencia es obvio que una *democracia inclusiva* implica la abolición de la desigual distribución del poder político y económico y las correspondientes relaciones de intercambio y relaciones de propiedad, así como las estructuras jerárquicas en la familia, el lugar de trabajo, el centro educativo y la extensa región social. En otras palabras, esto implica la eliminación de las relaciones de dominación en el nivel societal, así como la noción de dominación implícita en la concepción de la relación con el mundo natural. Es igualmente claro que una *democracia inclusiva* no tiene nada en común con lo que se entiende por democracia hoy, esto es, las oligarquías liberales basadas sobre el sistema de economía de mercado y la 'democracia' liberal. Además, la *democracia inclusiva* propuesta en este libro tiene muy poco que ver con las versiones de democracia 'radical' promovidas hoy por los 'partidarios de la sociedad civil' de izquierda. Como he intentado mostrar en el libro, la propuesta de los 'partidarios de la sociedad civil' es tanto a-histórica como utópica en el sentido negativo de la palabra. Es a-histórica porque ignora los cambios estructurales que han llevado a la economía de mercado internacionalizada y la consiguiente impotencia (desde el Estado) de instituciones y asociaciones autónomas (uniones, economías locales, movimientos cívicos, etc.). Es utópica porque, dentro del presente marco institucional de la economía de mercado internacionalizada y la 'democracia' liberal que los partidarios de la sociedad civil dan por supuestas, sólo es posible extender el acrecentamiento de instituciones autónomas si no contraviene la lógica y dinámica de la economía de mercado.

Pero si una democracia 'radical', bajo las actuales condiciones de poder político y económico concentrado, es utópica en el sentido negativo de la palabra, una *democracia inclusiva* es definitivamente más que sólo una utopía, en el sentido de una sociedad ideal. Un proyecto liberador no es una utopía si está basado en la realidad de hoy y al mismo tiempo expresa el descontento de significativos sectores sociales y sus explícitas o implícitas impugnaciones a la sociedad existente. Como el libro procura mostrar, las raíces de la presente crisis multidimensional (ecológica, económica, política, social, cultural) yacen en la organización no democrática de la sociedad en todos los niveles, en el sentido que es la concentración de poder en manos de varias élites la que marca la fundación de cada aspecto de la crisis.

Así, es la concentración de poder económico, como resultado de relaciones mercantiles y el crecer o morir dinámico de la economía de mercado, la que ha llevado a la presente crisis económica. Esta crisis se manifestó, principalmente, por la continua expansión de la desigualdad, el inexorable crecimiento de la brecha, no únicamente entre el Norte y el Sur, sino también entre las élites económicas y el resto de la sociedad dentro del Norte y del Sur. Además, es la concentración de poder económico en manos de las élites económicas la que sustenta la crisis social y cultural, como se manifestó por el despliegue paralelo de la dialéctica de violencia tanto personal como colectiva, abuso de drogas, irresponsabilidad social general, así como homogeneidad cultural.

Además, es la concentración de poder político en manos de políticos profesionales y numerosos 'expertos' lo que ha transformado la política en el arte de gobernar y ha desembocado en una crisis de la política tradicional, como se manifiesta en la crecien-

te renuencia de los ciudadanos a participar en ésta como miembros de partidos políticos, como votantes, etc.

Finalmente, el hecho de que la principal forma de poder dentro del marco de la economía de crecimiento es económica, y que la concentración de poder económico involucra a las élites gobernantes en una constante pugna para dominar pueblos y Naturaleza, pudo recorrer un largo camino hacia la explicación de la presente crisis ecológica. En otras palabras, para entender la crisis ecológica no deberíamos referirnos simplemente al prevaleciente sistema de valores y las tecnologías emergentes, no sólo para las relaciones de producción sino también para las relaciones de dominación que caracterizan una sociedad jerárquica, la cual está basada sobre el sistema de economía de mercado y la idea sobreentendida de dominar el mundo natural. No es un accidente que la destrucción del medio ambiente durante el tiempo de vida de la economía de crecimiento en sus dos versiones, de mercado y de Estado socialista, va mucho más allá del daño acumulativo que previamente las sociedades han infligido sobre el medio ambiente.

Por lo tanto, el proyecto para una *democracia inclusiva* no expresa únicamente el más alto ideal humano de libertad en el sentido individual y colectivo de autonomía, sino que, quizá, es también el único camino para salir de la presente crisis multidimensional.

En la primera parte del libro, es debatida la emergencia del sistema de economía de mercado y el Estado-nación en los últimos siglos y examinado el proceso que condujo desde la fase liberal de la economía de mercado a la presente fase internacionalizada neoliberal. Esto ha mostrado que el presente consenso neoliberal no es un fenómeno coyuntural, sino la consumación de un proceso, que comenzó hace casi dos siglos cuando la mercantilización de la economía había sido iniciada, esto es, el proceso histórico que ha transformado las economías socialmente controladas del pasado dentro de la presente economía de mercado. En este contexto, el estatismo (período de actividad de control estatal de la economía e intervención extensiva con el mecanismo autorregulatorio del mercado que pretendió directamente determinar el nivel de la actividad económica) fue históricamente un intervalo breve en el proceso de mercantilización que terminó en los 70s cuando el estatismo se tornó incompatible con el crecimiento de la internacionalización de la economía de mercado (Capítulo 1).

A continuación, se intenta mostrar que durante ese siglo el ascenso de la economía de crecimiento -esto es, el sistema de organización económica que se arma para maximizar el crecimiento de la economía- tuvo en ambas versiones, capitalista y 'socialista', diferentes causas pero un efecto común. De ese modo, el ascenso de la economía de crecimiento capitalista era, principalmente, un derivado de las dinámicas de la economía de mercado, considerando que la emergencia de su versión 'socialista' estaba relacionada primariamente al crecimiento de la ideología y la identificación parcial del Progreso pos-Ilustración con el desarrollo de las fuerzas productivas. En ambos tipos de economía de crecimiento el resultado fue el mismo: una enorme concentración de poder económico en el interior del viejo Primer y Segundo Mundo (Capítulo 2) y entre el Norte, en el que se originó el mercado/economía de crecimiento y el Sur, que importó una mala copia del mismo (Capítulo 3).

La primera parte del libro concluye con un resumen de los hallazgos de los tres primeros capítulos, en un intento por mostrar que las principales dimensiones de la presente crisis multidimensional (económica, ecológica, política, social e ideológica) no están únicamente interconectadas sino que también pueden ser atribuidas, en última instancia, a la concentración de poder económico, político y social, implícito en el marco institucional de la economía de mercado y la 'democracia' liberal. Finalmente, se evalúan las propuestas de la derecha e izquierda para encarar la crisis (Capítulo 4).

La segunda parte del libro desarrolla una nueva concepción de una *democracia inclusiva* y la compara y contrasta con las concepciones históricas de democracia (clásica, liberal, marxista), así como con las distintas versiones de democracia 'radical' actualmente de moda (Capítulo 5). Esto es seguido por un bosquejo de un modelo para una *democracia inclusiva* confederal en general y para una democracia económica en particular, el cual muestra que *es* factible diseñar un sistema que trascienda la ineficiencia, tanto de la economía de mercado como la de la planificación central, en la satisfacción de las necesidades humanas (Capítulo 6). Esta parte del libro concluye con una discusión sobre una estrategia de transición política y económica hacia una *democracia inclusiva* (Capítulo 7).

Finalmente, la última parte del libro analiza la moral y las bases filosóficas de una sociedad democrática y cuestiona los intentos por fundar el proyecto liberador sobre una 'ciencia' de la economía y la sociedad, o sobre éticas 'objetivas'. Esto lleva a la conclusión de que el proyecto por una *democracia inclusiva* únicamente puede fundarse en un racionalismo democrático que trascienda el 'objetivismo' así como el relativismo general y el irracionalismo (Capítulo 8).

Primera parte

La crisis de la economía de crecimiento

La economía de mercado y el proceso de mercantilización

Hoy, luego del colapso del 'socialismo real', las instituciones económicas y políticas de la sociedad están caracterizadas por un alto grado de homogeneidad. Entonces, el sistema de la economía de mercado y la consiguiente economía de crecimiento (definida como el sistema de organización económica dirigido ya sea en forma 'objetiva' o deliberada a maximizar el crecimiento económico) son universales. Asimismo, el Estado-nación, usualmente acompañado de alguna forma de 'democracia' liberal, está aún omnipresente a pesar de que en la actualidad su soberanía económica se debilita casi proporcionalmente a la internacionalización de la economía de mercado. Mientras la economía de mercado y la forma actual de 'democracia' estatista se consideran ambas garantizadas, esto no ha sido siempre así. Ambos, el Estado-nación y la democracia parlamentaria son fenómenos históricamente recientes. Además, aunque los mercados han existido por un tiempo muy largo, el *sistema* de la economía de mercado fue establecido hace apenas dos siglos.

El propósito de este capítulo es mostrar que el *crecimiento* económico y la *mercantilización* (i.e. el proceso histórico que ha transformado las economías socialmente controladas del pasado en la economía de mercado del presente) son los pilares fundamentales del sistema actual. El primero está implícito en la dinámica de crecer o de morir que caracteriza la competencia por los mercados y la segunda está implícita en la búsqueda de eficiencia económica. Un examen histórico del rol económico del Estado muestra una conexión clara entre los cambios en éste y las fases más importantes del proceso de mercantilización. Primero el Estado jugó un rol crucial en el establecimiento de la economía de mercado hace dos siglos y también durante el primer intento de establecer una economía liberal internacionalizada en el siglo pasado. El ascenso en este siglo de lo que yo llamo *estatismo* -el período de control activo de la economía por el Estado y de interferencia extendida sobre los mecanismos autorregulatorios del mercado con el propósito de determinar directamente el nivel de actividad económica- fue un interludio históricamente breve del proceso de mercantilización. La fase estatista de este proceso duró apenas alrededor de medio siglo y fue seguido por la presente retracción del control estatal sobre la economía, dentro del marco del consenso neoliberal. Esto muestra claramente que una vez que se ha establecido la economía de mercado, su propia dinámica tiende a socavar cualquier esfuerzo serio de crear mecanismos sociales autoprotectores contra la hegemonía de los mercados y transforma a la sociedad misma en una sociedad de mercado.

En la última sección de este capítulo (página 59) se considera el debate actual sobre la 'globalización' de la economía de mercado y el fin del Estado-nación. Aunque en el último cuarto de siglo (luego del colapso del primer intento, en la primera

fase de mercantilización) fueron creadas las condiciones necesarias para completar una economía de mercado internacionalizada, esto no significó la desaparición del Estado-nación ni de las corporaciones multinacionales con base en un país como especulan los 'globalistas'. Sin embargo, el éxito actual de la internacionalización de la economía representa una etapa superior en el proceso de mercantilización; una etapa que involucra la desaparición en los hechos de la soberanía del Estado-nación sobre la economía. Entonces, en contra del pensamiento socialdemócrata moderno, no es apenas el control social efectivo sobre las economías *nacionales* lo que se ha eliminado por la internacionalización de la economía de mercado. Igualmente imposible es cualquier control social efectivo sobre las economías de mercado regionales, continentales y aún planetarias.

De mercados a economías de mercado

Para comenzar se necesita una explicación sobre el uso del término 'economía de mercado' en lugar del acostumbrado concepto marxista de 'modo capitalista de producción', que pone énfasis en las relaciones sociales de producción o alternativamente, de economía capitalista mundial¹ que apunta a las relaciones de intercambio. La elección no nace de la necesidad de estar a tono con lo 'políticamente correcto' hoy día, que ha exorcizado el uso de las palabras 'capitalismo' y -más convenientemente- 'socialismo'². Es una elección que está implícita en mi creencia de que aunque los conceptos 'modo capitalista de producción' y 'economía capitalista mundial' han provisto importantes conocimientos en el análisis de las clases sociales y de la división mundial del trabajo respectivamente ellos son demasiado estrechos y anacrónicos.

Ellos son demasiado estrechos porque implican que las relaciones de poder en general pueden ser analizadas en términos de (o ser reducidas a) relaciones económicas de poder. Es una premisa central de este libro que el poder económico es sólo una forma de poder y si fuera usada como la categoría central en el análisis de los fenómenos sociales vinculados a las relaciones jerárquicas (en el hogar, trabajo, etc.) o cuestiones de 'identidad' nacional o cultural, estaría destinada a conducir a interpretaciones inadecuadas o sobresimplificadas.

Ellos son anacrónicos porque en la economía de mercado internacionalizada de hoy ni el análisis de clases al que se refiere la teoría marxista ni el concepto de división mundial del trabajo al que se refiere el enfoque del 'sistema-mundo' son particularmente relevantes. Mientras estos importante tópicos son tocados en este libro (véase página 52 referida a la nueva estructura de clases que emerge en la economía de mercado internacionalizada, y Capítulo 3, página 128 acerca de la nueva división 'Norte-Sur') a mi criterio, es obvio que la actual crisis multidimensional no puede ser discutida fructíferamente dentro del marco teórico implicado por los conceptos previos.

Por supuesto, esto no significa que la categoría central usada en este libro, 'la economía de mercado' sea *per se* suficientemente amplia como para interpretar adecuadamente fenómenos sociales como aquellos mencionados antes. Aun el simple hecho de que esta categoría se use para explicar sólo una parte de la realidad, la esfera económica, sin pretender que este aspecto determine (ni siquiera 'en última instancia') los otros aspectos, permite suficiente flexibilidad para el desarrollo de interpretaciones interdisciplinarias adecuadas de la realidad social.

Es, por lo tanto, obvio que el término 'economía de mercado' es usado aquí para definir el sistema concreto que emerge en un lugar específico (Europa) y en un tiempo particular (hace dos siglos) y no como una categoría histórica general de un enfoque que intente mostrar la evolución de los sistemas económicos a través de la historia,

como supuestamente lo hace el concepto marxista de modo de producción. El planteo metodológico adoptado en este libro se basa en la premisa de que es imposible derivar teorías 'generales' sobre la evolución social o económica que estén basadas en visiones 'científicas' u 'objetivas' de la realidad social (ver Capítulo 8).

Finalmente, debe señalarse que en este libro la economía de mercado no está identificada con el capitalismo, como suele serlo. La *economía de mercado* se define aquí como el sistema autorregulado en el cual los problemas económicos fundamentales (qué, cómo y para quién producir) se resuelven 'automáticamente', mediante decisiones sociales concientes. Por supuesto, esto no significa que en una economía de mercado no exista ningún control social. Aquí deberíamos introducir una distinción importante entre varios tipos de control social que nos ayudarán a interpretar la mercantilización de hoy y la internacionalización de la economía.

Hay tres tipos principales de controles sociales posibles sobre la economía de mercado. Está primero lo que podemos llamar *controles regulatorios* que habitualmente han sido introducidos por los capitalistas que controlan la economía de mercado a fin de 'regular' el mercado. El propósito de los controles regulatorios es crear un marco estable para suavizar el funcionamiento de la economía de mercado sin afectar su naturaleza esencialmente autorregulatoria. Tales controles han sido siempre necesarios para la producción y reproducción del sistema de la economía de mercado. Ejemplos de ello son los diversos controles introducidos al presente por la última reunión del GATT o por el Tratado de Maastricht que se proponen regular respectivamente los mercados mundiales y europeos principalmente en el interés de aquellos que controlan los respectivos mercados (multinacionales, grandes firmas nacionales o multinacionales con base en Europa, etc.) Segundo, hay lo que nosotros podemos llamar *controles sociales en un sentido amplio* que, aunque tienen como propósito principal la protección contra la competencia extranjera de aquellos que controlan la economía de mercado, pueden aún tener algunos efectos indirectos que podrían ser beneficiosos igualmente para el resto de la sociedad. Un primer ejemplo de tales controles son las diversas medidas proteccionistas que se proponen proteger las mercancías y mercados de capitales domésticos (tarifas, controles de importación, controles de cambio, etc.). Finalmente, hay lo que podemos llamar *controles sociales en el sentido estricto* que se proponen la protección de las personas y la naturaleza contra los efectos de la mercantilización. Tales controles se introducen usualmente como resultado de luchas sociales llevadas a cabo por aquellos que son afectados adversamente por los efectos de la economía de mercado tanto sobre sí mismos como sobre su entorno. Ejemplos típicos de tales controles son la legislación sobre seguridad social, los beneficios de la asistencia social, los controles macroeconómicos para asegurar pleno empleo, etc. En lo que sigue de este libro, a menos que se establezca lo contrario, con controles sociales se referirá a esta última categoría de controles sociales en el sentido estricto. Como se mostrará más adelante en este capítulo aquellos que controlan la economía de mercado internacional liberal pretenden la abolición de los controles sociales (ambos, en el sentido amplio y en el sentido estricto) aunque no de los controles regulatorios.

La economía de mercado, como se la definió antes, es un término más amplio que capitalismo. La primera se refiere a la forma en que se distribuyen los recursos, en tanto que el último se refiere a las relaciones de propiedad. Luego, aunque históricamente la economía de mercado ha sido asociada con el capitalismo, es decir, propiedad y control privados de los medios de producción, la distribución de los recursos por el mercado no es inconcebible dentro de un sistema de propiedad y control social de los recursos económicos, la distinción establecida entre economía de mercado y capitalismo es particularmente útil hoy cuando muchos en la autodenominada izquierda, luego de la caída de la

economía socialista planificada, redescubrieron los méritos de una economía 'socialista' de mercado². Al mismo tiempo, varios partidos 'comunistas' en los países dependientes (China, Vietnam, etc.) se han embarcado en una estrategia para construir una economía 'socialista' de mercado y están en el proceso de lograr una síntesis de los peores elementos de la economía de mercado (desempleo, desigualdad, pobreza) y del estatismo 'socialista' (autoritarismo, falta de libertad política, etc.). Como este libro pretende aclarar, el objetivo de un nuevo proyecto de liberación debería ser, no meramente la abolición de las relaciones capitalistas, sino la misma economía de mercado.

La primera parte del capítulo discutirá brevemente el largo período histórico que precedió a la emergencia del sistema de la economía de mercado. Ésta será seguida en la segunda parte por una discusión sobre las fases históricas en el proceso de mercantilización.

Mercados previos a la economía de mercado

El proceso de mercantilización es uno que a través del gradual abandono de controles sociales sobre los mercados, tiende a transformar a todos los bienes y servicios en mercancías y a convertir a los ciudadanos en meros consumidores. Aunque el mercado hoy día permite todos los aspectos de la vida, de la vida familiar a la cultura, la educación, religión y así sucesivamente, puede mostrarse fácilmente que a pesar de que los mercados han existido por un tiempo muy largo, la mercantilización de la economía es un fenómeno nuevo que ha emergido en los últimos dos siglos. Luego, como Karl Polanyi señala en su clásico libro *La gran transformación*:

Previamente a nuestro tiempo no existió jamás una economía que aun en principio fuera controlada por los mercados... [A]unque la institución 'mercado' fuera claramente común desde la última edad de piedra, su rol fue solo incidental en la vida económica... [M]ientras la historia y la etnografía saben de varias clases de economías, la mayor parte de las cuales incluían la institución 'mercado', ellas no saben de ninguna economía antes que la nuestra que fuera ni siquiera aproximadamente controlada y regulada por los mercados³.... Todos los sistemas económicos conocidos por nosotros hasta el final del feudalismo en Europa occidental fueron originados ya sea según los principios de reciprocidad, o redistribución o familiar (v.g. producción para uso propio) o alguna combinación de las tres.⁴

Los motivos, en consecuencia, que aseguraron el funcionamiento del sistema económico derivaron de la costumbre, la ley, la magia, la religión, pero no la ganancia. Los mercados, hasta el fin de la Edad Media, jugaron un rol no significativo en el sistema económico. Aún cuando, a partir del siglo dieciséis los mercados se convirtieron a la vez en numerosos e importantes ellos fueron estrictamente controlados por la sociedad bajo condiciones que, como describió Piotr Kropotkin, hacen impensable un mercado autorregulado:

El comercio interno estaba completamente a cargo de los gremios, no de los artesanos individuales, siendo los precios establecidos por mutuo acuerdo... [E]n sus comienzos el comercio exterior estaba exclusivamente a cargo de la ciudad y fue sólo después que se convirtió en monopolio de los gremios de mercaderes y después aun de los mercaderes individuales... [E]l aprovisionamiento de los principales bienes de consumo estuvo siempre en manos de la ciudad y esta costumbre fue preservada en algunos pueblos suizos, en el caso del trigo, hasta la mitad del siglo XIX.⁵

Como norma, ambos sistemas económicos, el antiguo y el feudal, estuvieron arraigados en las relaciones sociales y la distribución de los bienes materiales estuvo regulada por motivos extra económicos. Los bienes de la vida cotidiana, aun en la temprana edad media, no eran regularmente comprados y vendidos en el mercado. Esto, combinado con el hecho de que antes de la Revolución Industrial, ni el trabajo, ni la tierra eran mercancías, pone en claro que el proceso de mercantilización no ha comenzado antes del nacimiento de la industrialización. Entonces, fue sólo a comienzos del siglo pasado que fue creado un mercado autorregulado que, por primera vez en la historia humana, estableció la separación institucional de la sociedad en una esfera económica y otra política. No hubo un sistema económico separado en la sociedad ni bajo las condiciones tribales, ni en las feudales, ni en las mercantiles⁶.

Aún más, el liberalismo económico proyectó los principios que sustentan un mercado regulado sobre toda la historia de la civilización humana, distorsionando en el proceso la verdadera naturaleza y los orígenes del comercio, los mercados y la moneda, así como la vida urbana. Sin embargo, casi todas las suposiciones antropológicas o sociológicas contenidas en la filosofía del liberalismo económico han sido refutadas por la antropología social, la economía primitiva, la historia de las primeras civilizaciones y la historia económica general. Por ejemplo, no existen evidencias sobre las cuales basar las aseveraciones de que es 'natural' en los seres humanos esperar remuneración por el trabajo (Aun en la Edad Media la remuneración del trabajo de los forasteros es [sic] algo inaudito⁷), ni que la ganancia es una motivación 'natural'. Lo mismo se aplica a otras suposiciones cruciales del liberalismo económico: que los mercados así como la moneda llegarían espontáneamente si los humanos fueran dejados solos. En efecto ambos, mercados y monedas, no surgen de dentro de la comunidad sino de fuera⁸. El comercio mismo no se apoya en los mercados y aun el comercio medieval, desarrollado desde los comienzos bajo la influencia del comercio exportador antes que el comercio local fue, por su carácter, intercomunal antes que entre individuos. Más aún, los mercados locales no tuvieron tendencia a crecer - un hecho que implica que contrariamente al juicio que expresan los liberales (y los marxistas), no hay nada inevitable en la relación con la mercantilización de la economía. Entonces, como señala Henri Pirenne: 'Sería natural suponer a primera vista que una clase de comerciantes creció paso a paso en medio de la población agrícola. Nada, sin embargo, da credibilidad a esta teoría'⁹.

Estado-nación y mercados

Análogamente, no es inevitable el ascenso del Estado-nación moderno, que los marxistas ven como parte y parcela de la modernidad y el progreso relacionado con, y paralelo a, el proceso de mercantilización. Así, desde el punto de vista marxista, el Estado-nación es una etapa en el desarrollo histórico, una etapa que -al promover el progreso de la industrialización- crea las condiciones necesarias para el socialismo. Marx mismo avaló por completo la 'unión de grandes naciones que originariamente por la fuerza política ha devenido actualmente en un poderoso factor de producción social'¹⁰. Pero en efecto, como Bookchin observa:

Si tuviéramos en mente el gran número de municipios confederados que existieron en Europa durante el siglo XI y subsiguientes, la certeza que prevalece en la historiografía moderna de que el Estado-nación constituye el desarrollo 'lógico' que condujo a Europa fuera del feudalismo, sólo puede ser considerado como un prejuicio¹¹.

Así, aunque el Estado apareció hace más de 5500 años en Egipto cuando la creación de un superávit en la economía hizo posible la desigualdad económica, los Estados-nación no comenzaron a desarrollarse hasta los siglos XIV a XVI. En efecto, no fue sino hasta el fin del siglo XVII que emergió la presente forma de Estado-nación. Y esto no fue sin una considerable resistencia de las ciudades libres de la época y de los pueblos rebeldes.

La idea de una 'nación', como Bookchin también señaló¹² era ajena al pensamiento antiguo. La gente se sentía obligada por sus vínculos más fuertes hacia su grupo de parentesco y hacia su comunidad o quizás región, una 'nación' griega por ejemplo nunca tuvo lugar entre las polis griegas; análogamente, los grandes imperios del mundo antiguo no fueron 'naciones' en ningún sentido del término. Aún en la Edad Media, como argumenta April Carter, aunque algunas monarquías indudablemente poseen territorios nacionales y reivindican su poder soberano en ellos, estas monarquías fueron apenas parte de la cristiandad europea de modo que había muy poco de Estado nacional en realidad en el régimen territorial de la Edad Media; era un paraíso de Estados antes que el patrón de un Estado'.¹³

La conclusión ineludible es que la concentración de poder que siguió al nacimiento del Estado-nación y la economía de mercado no tiene en sí nada de inevitable. El surgimiento del primero fue, históricamente, el resultado de la violencia militar, mientras que el de la segunda fue el resultado de la violencia económica, es decir, de la enorme desigualdad económica que siguió inevitablemente al abandono drástico de los controles sociales sobre los mercados durante el período de emergencia de la producción mecanizada masiva. De esta forma tuvo lugar una inversión histórica en la consideración del rol del Estado y los mercados en relación con el proceso de concentración del poder (político y económico) en manos de la élites gobernantes. Antes del comienzo del proceso de mercantilización, fue fundamentalmente a través de medios políticos -en sentido amplio- (conquista, confiscación, expropiación, esclavitud, poder religioso) que se concentró el poder. El rol del Estado, en particular, fue decisivo en este proceso mientras que el rol del mercado no fue significativo. No obstante, una vez que el proceso de mercantilización se puso en movimiento fue fundamentalmente a través de medios económicos (el mercado mismo) que se acumuló poder, en tanto que el Estado legitimó con creces este proceso.

La emergencia de las economías de mercado

El elemento crucial que diferencia la economía de mercado de todas las economías del pasado (donde los mercados eran asimismo autorregulados, ya que todos los mercados tienden a establecer precios que equilibren la oferta y la demanda) fue el hecho de que por primera vez en la historia humana emergió un *sistema* autorregulado de mercados -un sistema en el que se desarrollaron mercados aún para los medios de producción, es decir, trabajo, tierra y moneda. El control del sistema económico en manos de los mercados, de acuerdo con Polanyi, 'significa nada menos que el corrimiento de la sociedad al papel de anexo de los mercados en lugar de que (como en el pasado) la economía se encuentre inserta en las relaciones sociales'¹⁴. La competencia, que fue la fuerza motriz del nuevo sistema aseguró que su dinámica se caracterizara por el principio de crecer o morir. Esta misma dinámica implica que la economía de mercado, una vez instalada, acabe inevitablemente siendo una economía internacionalizada.

Esto no significa, sin embargo, que algún tipo de proceso evolutivo pueda explicar el movimiento desde las formas de organización económica previas a la economía de

mercado hacia la economía de mercado internacionalizada actual, como intentan hacerlo los marxistas. En efecto, la economía de mercado misma no evoluciona en realidad desde la era feudal sino que literalmente explotó, especialmente en Inglaterra, durante los siglos XVII y especialmente XIX¹⁵. En otras palabras, contrariamente a lo que afirman los liberales y los marxistas, la mercantilización de la economía no fue sólo un proceso evolutivo siguiendo la expansión del comercio bajo el mercantilismo; aquí, sin embargo, deberíamos distinguir entre las tres formas principales de comercio, es decir, comercio exterior que involucra el intercambio de bienes (usualmente suntuarios) no disponibles en la región, el comercio local, que involucra el intercambio de bienes que eran difíciles de transportar debido a su peso, su tamaño o su carácter perecedero, y el comercio interior o nacional que involucra bienes semejantes de orígenes diversos que competían entre sí. Esta última era la única forma de comercio de naturaleza competitiva en contraste con las otras dos que tenían carácter complementario. Más aún fue el comercio nacional el que tuvo un rol instrumental en el proceso de mercantilización y que la 'nacionalización' de los mercados fue el producto de su expansión antes que de la expansión de los comercios local o exterior.

Pero, si los mercados modernos no evolucionaron a partir de los mercados locales y/o de los mercados de bienes externos, surge la pregunta acerca de qué factores podrían explicar el proceso de mercantilización. Aquí, el Estado-nación que estaba apenas surgiendo al fin de la Edad Media, jugó un rol fundamental: a) creando las condiciones para la nacionalización de los mercados (fase mercantilista), y b) liberando los mercados de los controles sociales efectivos (fase liberal de la mercantilización).

La emergencia, en consecuencia, del Estado-nación que precedió la mercantilización de la economía tuvo el efecto, no sólo de destruir la independencia política de la comunidad del pueblo o la ciudad sino también de socavar su autoestima en relación con sus economías. En el nivel ideológico la formación de los Estados nacionales estuvo acompañada por el surgimiento del nacionalismo. En otras palabras, una nueva ideología que intentó cerrar una identificación entre los individuos y la entidad abstracta del Estado, en lugar de su identificación anterior con la comunidad.

No obstante, el hecho de que el Estado jugara usualmente un rol crucial en el proceso de mercantilización y que, durante el siglo XIX en particular, muchos de los Estados-naciones recientemente formados estuvieran abocados al esfuerzo sistemático de establecer y proteger una economía de mercado doméstica, no implica una relación causal estricta. Sería equivocado atribuir a una relación causa-efecto el surgimiento del Estado-nación y el nacimiento de las 'economías' nacionales. Aunque es verdad que la victoria del Estado-nación sobre las formas confederales de organización habitualmente favoreció la expansión de la economía de mercado, en otros casos, como señaló Bookchin, ello sólo condujo al parasitismo del Estado y a una franca regresión.¹⁶

Tomando en consideración el rol del Estado en la fase mercantilista, debería notarse que, antes de la revolución comercial, el carácter del comercio no era nacional sino municipal o inter comunitario, uniendo pueblos y villas en redes regionales y mercados locales, pero no de alcance nacional. Las nuevas naciones fueron apenas unidades políticas que en lo económico consistían en numerosas explotaciones familiares autosuficientes en tanto que los mercados locales de los pueblos eran insignificantes. La formación de un mercado interno o nacional fue resistido por los pueblos y municipios fieramente proteccionistas. Sólo los vendedores mayoristas o los mercaderes ricos presionaban por ello. No hay que creer que la nacionalización del mercado y la creación del comercio interno se logró únicamente debido a la acción deliberada del Estado en los siglos XV y XVI.¹⁷ Como señala Kropotkin:

[E]l siglo XVI, un siglo de masacres y guerras, puede ser resumido muy simplemente como la lucha del Estado naciente contra los pueblos libres y sus federaciones... el rol del Estado naciente de los siglos XVI y XVII en relación a los centros urbanos fue destruir la independencia de las ciudades... concentrar en sus manos el comercio exterior de las ciudades y llevarlo a la ruina... someter por completo el comercio interior así como a los fabricantes a una hueste de oficiales.¹⁸

La 'nacionalización' del mercado fue seguida en los siglos XVI y XVII por una acción estatal adicional, la consecuencia de la cual fue socavar aún en mayor medida la independencia política y económica de las ciudades y llevar a la ruina, las comunas de las villas. Esta acción comprendió la confiscación o vallado de las tierras comunales - un proceso que se completó en Europa occidental para 1850.¹⁹ El efecto no fue sólo la destrucción de los vínculos comunitarios en villas y ciudades sino además crear los fundamentos para la mercantilización de la economía ya que ambos, el trabajo y la tierra quedaron, en grandes cantidades, en condiciones de ser comprados y vendidos en los mercados emergentes de trabajo y tierras.

Sin embargo, el mercantilismo, con todas sus tendencias hacia la comercialización, nunca atacó las salvaguardas institucionales que protegían el trabajo y la tierra de ser mercantilizados. Los controles sociales sobre el trabajo y la tierra que durante el feudalismo tomaron forma de costumbres y tradiciones fueron, durante el mercantilismo, sencillamente reemplazados por estatutos y ordenanzas. Entonces, la liberación del comercio realizada por el mercantilismo apenas liberó el mercado de localismos; los mercados eran aún un hecho accesorio de una instancia institucional regulados más que nunca por la sociedad. Hasta la Revolución industrial, no hubo intentos de establecer una economía de mercado en forma de un gran mercado autorregulatorio. En efecto, fue a fines del siglo XVII en que la transición de mercados regulados a un sistema de mercados autorregulados marcó la 'gran transformación' de la sociedad, o sea, la transformación en una economía de mercado. Hasta ese momento la producción industrial en Europa occidental y particularmente en Inglaterra, donde nació la economía de mercado, fue un mero accesorio del comercio. El uso de las máquinas en la producción y el desarrollo del sistema fabril revirtieron esta relación. La mercantilización de la tierra, el trabajo y la moneda, que fueron elementos cruciales en el proceso industrial fueron entonces, como describe Polanyi:

...la consecuencia inevitable de la introducción del sistema fabril en una sociedad comercial... [L]a ficción de sus existencias producidas como mercancías devino el principio organizativo de la sociedad... [L]a sociedad humana se convirtió en un accesorio del sistema económico... [L]a transformación significó un cambio en la razón de la acción de parte de los miembros de la sociedad ya que el motivo de la subsistencia debió ser sustituido por el de la ganancia. Todas las transacciones se tornaron transacciones monetarias... Debió permitirse a los precios que se autorregularan.²⁰

La mercantilización del trabajo y la tierra fueron particularmente significativas. Bajo el sistema de los gremios, las condiciones de trabajo así como la paga de los trabajadores fueron reguladas por la sociedad o sea, por las costumbres y las reglas del gremio y el pueblo. Lo mismo se aplicaba a la tierra: el status y la función de la tierra estaban determinadas por reglas legales y de uso (si su posesión era transferible o no y en tal caso, bajo qué restricciones, para qué uso, etc.) Quitar el control social sobre el trabajo y la tierra ha llevado a la creación de nuevas formas de dominación y, al mismo tiempo, ha destruido la fábrica tradicional de las comunidades de trabajadores

agremiados (guild workers' communities), las comunidades de villas (village communities), la antigua forma de propiedad de la tierra, etc. Por ejemplo, el principio de la libertad de pasar necesidades fue igualitariamente reconocido en todo tipo de organización social hasta el comienzo del siglo XVI²¹: el individuo en una sociedad primitiva no estaba amenazado por la hambruna a menos que toda la comunidad lo estuviera. El hambre que fue un elemento necesario de los mercados autorregulados presupuso la liquidación de la sociedad orgánica. En efecto, algunos argumentan que, en contra de la opinión popular y los juicios económicos, la gente está relativamente peor ahora que en la Edad Media.²²

Se podría especular que sólo un cambio drástico en la estructura económica de la sociedad de Europa occidental en tiempos de la Revolución Industrial, podría haber evitado la mercantilización de la sociedad -un cambio que hubiera hecho que el uso de las máquinas, en condiciones de producción a gran escala, fuera compatible con el control social de la producción. Pero tal cambio hubiera requerido que una revolución social que apuntara a la democracia económica acompañara a la Revolución Industrial. Como tal revolución no se materializó a tiempo, lo que siguió fue inevitable. Las fábricas no podían asegurar la producción continua a menos que la provisión de medios de producción (especialmente trabajo y tierra) estuviera organizada. Pero en una sociedad comercial, la única forma de organizar su provisión fue transformar la actividad humana y los recursos naturales en mercancías, cuya provisión no dependía de las necesidades de los seres humanos y del ecosistema respectivamente sino de los precios de mercado. En consecuencia, la introducción de nuevos sistemas de producción en una sociedad comercial donde los medios de producción se encontraban bajo propiedad y control privados, condujo inevitablemente (con la ayuda crucial del Estado-nación) a la transformación de la economía socialmente controlada del pasado, en la cual el mercado jugaba en el proceso económico un rol marginal, hacia las economías de mercado de la actualidad.

El control privado de los medios de producción requería que aquellos que controlaran los medios de producción fueran 'eficientes' económicamente con el fin de sobrevivir a la competencia, en consecuencia ellos debían asegurar:

- el flujo libre de trabajo y tierra a costo mínimo. Como era de esperar, en condiciones de control privado de la producción, este flujo tiene una relación inversa con los controles sociales (en sentido estricto) sobre el mercado. Entonces, cuanto más efectivos sean los controles sociales sobre los mercados y en particular los mercados de medios de producción (trabajo, capital y tierra) más difícil es asegurar su flujo libre a mínimo costo. Por ejemplo, la legislación que protege el trabajo hace a los mercados de trabajo menos flexibles y, consecuentemente, al flujo de trabajo menos suave o más caro. Entonces, históricamente, aquellos que controlan los medios de producción siempre han dirigido sus esfuerzos en el sentido de ampliar la mercantilización de la economía, o sea, minimizar los controles sociales sobre los mercados;
- el flujo continuo de inversiones en nuevas técnicas, métodos de producción y productos, en un esfuerzo por aumentar la competitividad y las ventas (una lógica adecuadamente expresada por la frase 'crecer o morir')²³. El producto de este proceso es el *crecimiento económico*. En consecuencia, no es casual que la 'idea moderna de crecimiento fuera formulada hace cuatro siglos en Europa, cuando la economía y la sociedad comenzaron a separarse',²⁴ aunque la *economía de crecimiento* misma emergió mucho después, luego de iniciada la economía de mercado a comienzos del siglo XIX, y recién floreció en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial.

El resto del capítulo examinará el proceso de mercantilización que continuará en el Capítulo 2 con una discusión sobre la economía de crecimiento. Debemos distinguir tres etapas principales en el proceso de mercantilización: a) la fase liberal que, luego de un período de transición proteccionista, condujo a b) la fase estatista y c) la fase neoliberal presente.

El proceso de mercantilización: la fase liberal

El movimiento hacia una economía de mercado representó un quiebre entre la sociedad y la economía. Una vez que las dos se separaron, la lógica del sistema creó su propia imparable dinámica. Aquellos que controlaban la producción debían ser 'eficientes' (en términos de ventas y costos) para sobrevivir a la competencia dentro de un sistema productivo basado en el mercado. La eficiencia a su vez dependía, como lo vimos antes, de la inversión en nuevas técnicas y productos y en la consecuente expansión masiva de la producción (i.e. crecimiento económico) y de la seguridad del libre flujo de 'trabajo' y 'tierra' a un costo mínimo (i.e. mercantilización). La primera alimentó la dinámica de 'crecer o morir' que caracterizó la producción en la economía de mercado y ha conducido a la crisis multidimensional actual. La última significó la *transformación en mercancía* de trabajo y tierra. Pero, como apuntó Polanyi:

*el trabajo y la tierra no son otra cosa que los mismos seres humanos de los cuales consta toda sociedad y los entornos naturales en los cuales ella existe; incluir trabajo y tierra en los mecanismos de mercado significa subordinar la sustancia misma de la sociedad a las leyes del mercado.*²⁵

Desde mi punto de vista, la contribución más significativa de Polanyi fue que él expresó la contradicción fundamental del sistema de la economía de mercado no en términos de un conflicto *económico* entre relaciones productivas y fuerzas productivas (donde las relaciones productivas partiendo de formas de explotación de las fuerzas productivas 'Se convierten en sus prisiones') como supuso Marx²⁶, sino en términos de un conflicto social más amplio entre los requerimientos de la economía de mercado y los de la sociedad, en particular, en términos del conflicto creado por el hecho de que en la economía de mercado el trabajo y la tierra deben ser tratados como mercancías ficticias.

Entonces, tan pronto como se estableció la economía de mercado, comenzó una interminable lucha social. Esquemáticamente, ésta es la lucha entre aquellos que controlan la economía de mercado, a saber, la élite capitalista, que controla la producción y la distribución y el resto de la sociedad. Los que controlan la economía de mercado se proponen mercantilizar el trabajo y la tierra tanto como sea posible esto es, minimizando -preferiblemente eliminando- todos los controles sociales sobre ellos, de modo de asegurar su libre flujo a costo mínimo. Por otro lado, aquellos en el extremo opuesto, particularmente la clase trabajadora creciente, se propone maximizar los controles sociales sobre trabajo y tierra, esto es, maximizar la autoprotección de la sociedad contra los peligros de la economía de mercado, especialmente el desempleo y la pobreza.

A nivel teórico y político, este conflicto fue expresado por el antagonismo entre liberalismo económico y socialismo (en sentido amplio). El liberalismo económico procuró establecer un mercado autorregulado usando como sus principales métodos el *laissez-faire*, libre comercio y controles regulatorios. Al otro lado, el socialismo procuró preservar a los hombres y mujeres (aunque no a la naturaleza, dada la identificación socialista de progreso con crecimiento económico, ver Capítulo 2) tanto como a la organización productiva, usando como principales métodos los controles sociales

sobre los mercados. Esta Lucha constituyó el elemento central de la historia europea desde la Revolución Industrial hasta la fecha. Así, la emergencia del primer liberalismo económico, bajo condiciones que no aseguraban su reproducción continua (fase liberal de la mercantilización), fue seguida por el surgimiento del *estatismo socialista*, definido como la tradición histórica que se propone la conquista del poder del Estado, por medios legales o revolucionarios, como condición necesaria para lograr un cambio social radical. El estatismo socialista fue sucedido a su vez por el actual neoliberalismo económico maduro (fase neoliberal).

El advenimiento del liberalismo económico

Una vez que tuvo lugar la transición de los mercados socialmente controlados al sistema de mercados autorregulados, a fines del siglo XVIII (un paso crucial en esta transición fue la institucionalización de la movilidad física del trabajo en Inglaterra en 1795) el conflicto entre los que controlaban la economía de mercado y el resto de la sociedad comenzó abiertamente. Entonces, casi inmediatamente, surgió un movimiento político de la clase obrera industrial y, como resultado de su presión fueron introducidas leyes laborales y legislación social. En 1824, por ejemplo, las Actas de Asociaciones Británicas de 1799 y 1800 que establecían que los sindicatos representaban una conspiración contra el público debido a que restringían el comercio, fueron anuladas. Sin embargo, todos estos arreglos institucionales eran incompatibles con la autorregulación de los mercados e incluso con la economía de mercado. Esta incompatibilidad condujo hacia un movimiento opuesto por parte de los que controlaban la economía de mercado en Inglaterra que finalizó con el establecimiento de los instrumentos legales de trabajo competitivo (1834), la extensión de la libertad de contratación a la tierra (1830 a 1860), la abolición de los impuestos a las exportaciones y reducción de los impuestos a las importaciones (1840). En efecto, las décadas de 1830 y 1840 (como las de 1980 y 1990) fueron caracterizadas por una explosión de legislación que anulaba las regulaciones restrictivas y por un intento de establecer los fundamentos de un mercado autorregulado, es decir, libre comercio, mercado de trabajo competitivo y patrón oro -o sea, el sistema de razón de cambio fijo donde el valor del dinero circulante fue atado al valor del oro.

En lo que respecta en particular al Patrón oro (que fue adoptado por Gran Bretaña ya en 1821, seguida por Francia y los Estados Unidos de América en 1850, Alemania en 1870 y tornándose universal en 1880), su mecanismo de ajuste supuestamente automático fue el elemento central en este proceso. El propósito del patrón oro fue establecer un entorno internacional estable para el comercio mundial semejante al entorno doméstico estable que ya había sido establecido para el comercio nacional; en otras palabras, para crear una economía de mercado internacional con un valor de moneda fijo. Un patrón de oro puro requeriría de los países que eliminaran sus bancos centrales, como recomendaba Ludwig Von Mises, ya que las acciones de los bancos centrales representaban una forma de intervención en las funciones de un sistema autorregulado. Esto era así especialmente cuando los bancos centrales, en su acción, eran guiados por criterios políticos (en sentido amplio) expresando la autodefensa de la sociedad contra el trabajo de los mecanismos del mercado. Sin embargo, tal forma pura no fue nunca aplicada. En su lugar, el sistema se asoció históricamente con la emisión de nuevas partidas de circulante basadas en la soberanía de los bancos centrales para emitir moneda. La moneda nacional a su vez jugó un rol crucial en el establecimiento del Estado-nación como la unidad política decisiva. No hay que sorprenderse de que sólo los países que contaran con un sistema monetario controlado por un banco central fueran tenidos en cuenta como Esta-

dos soberanos. Así, la moneda y el banco central no fueron sólo expresiones de un nuevo nacionalismo sino prerequisites necesarios para amortiguar los efectos del patrón oro sobre los ingresos y el empleo en el país.

El movimiento por el libre comercio alcanzó su máximo en la década de 1870 marcando el fin del sistema de bloques comerciales privilegiados y comercio restringido que caracterizó el auge de los imperios coloniales en el período previo a 1800. Aunque el libre comercio universal no fue alcanzado en este período, ya que sólo Gran Bretaña y Holanda adoptaron totalmente políticas de libre comercio, por un breve lapso entre las décadas de 1860 y 1870, el mundo se aproximó a un sistema autorregulado de acuerdo con la teoría económica clásica.²⁷

Entonces, el siglo XIX vio el primer intento de una economía de mercado internacionalizada. Esto se ve en la masiva expansión del movimiento de mercancías así como de capital y trabajo que tuvo lugar durante este período. Esta expansión no fue, por supuesto, un desarrollo inesperado dado que la precondition para la reproducción de la recién establecida economía de mercado era su crecimiento continuo y este crecimiento a su vez necesitaba la continua expansión de los mercados, inicialmente los domésticos y posteriormente los externos. Teniendo en cuenta la expansión del comercio, se estima que el monto del comercio internacional se duplicó entre 1830 y 1850, y al menos triplicó y pudo haberse cuatriplicado en el período hasta 1880, alcanzando un pico de tasa de crecimiento anual de 5,3% en el período 1840-70.²⁸ En lo que concierne a los movimientos de capitales desde el fin de las guerras napoleónicas hasta mediados de la década de 1850, alrededor de 2000 millones de dólares fueron invertidos en el extranjero; para 1870 el valor de estas inversiones se triplicó y para 1900 ellas totalizaron 23.000 millones de dólares, alcanzando 43.000 millones de dólares en 1914.²⁹ En relación con el movimiento de trabajadores, entre 1821 y 1915 la inmigración total registrada en el mundo superó los 51 millones de personas.³⁰

Es entonces obvio que el comercio internacional y los movimientos de capitales y trabajadores a través de las fronteras jugaron un rol principal para que la naciente economía de mercado deviniera una economía de crecimiento, aunque la medida en que el crecimiento económico de los países individuales era dependiente de la existencia de la economía internacional es aún un tema a investigar. Lo que es cierto es que el grado de conversión fue diferente de país a país, dependiendo principalmente de la disponibilidad de mercados flexibles³¹ -un factor fundamental en el fracaso del primer intento histórico hacia una economía internacionalizada liberal de mercado que analizaremos a continuación.

El ascenso del proteccionismo y el nacionalismo

El intento de establecer una economía de mercado liberal e internacionalizada pura, en el sentido del libre comercio, un mercado de trabajo competitivo y un patrón oro no duró más de 40 años y para las décadas de 1870 y 1880 volvió la legislación proteccionista. Así, el propósito de liberar los mercados en la primera fase del proceso de mercantilización, tuvo el efecto paradójico de conducir a mayor protección: ya sea debido a que aquellos que controlaban la producción presionaban para ser protegidos de la competencia extranjera, o ya porque el resto de la sociedad presionaba por protección contra los mismos mecanismos del mercado. Ambos tipos de proteccionismo tuvieron el efecto de socavar el proceso de mercantilización como veremos en detalle en la próxima sección.

En lo que respecta al proteccionismo en favor de los que controlan la economía de mercado, el retorno al proteccionismo en forma de tarifas y otras restricciones al

comercio fue evidente en la década de 1880 y fue reforzada por el surgimiento simultáneo del nacionalismo. El proteccionismo no acumuló impulso en todo el período desde 1880 a 1913 cuando, en efecto, sólo Gran Bretaña, Holanda y Dinamarca adherieron al libre comercio. Sin embargo, el comercio continuó expandiéndose aunque no tan rápidamente como en el período de 1840-70. De este modo, en el período de 1840-1914 el comercio mundial creció a una tasa anual promedio de 3,4%, significativamente más rápido que el crecimiento de la producción (2,1% anual). Como resultado, la relación entre el comercio mundial y la producción pasó de apenas 3% en 1800 a 33% en 1913.³²

Al mismo tiempo, el proteccionismo en la forma de controles sociales (en el sentido estricto) sobre el mercado también se intensificó. Aún los liberales ingleses debieron legalizar las actividades de los sindicatos en 1871. Fue también significativo que no sólo Inglaterra sino también Francia y Prusia pasaron asimismo por procesos semejantes: un período *laissez-faire*, seguido por un período de legislación antiliberal con respecto a la salud pública, condiciones de trabajo, seguridad social, servicios públicos y así sucesivamente. De este modo, 'al finalizar el siglo XIX a través de Europa y los Estados Unidos de Norte América, los gobiernos legislaron para limitar los trabajos de *laissez-faire* primero inspeccionando las fábricas y ofreciendo niveles mínimos de educación y luego proporcionando un ingreso de subsistencia para los ancianos y los desocupados.'³³ Como resultado, para comienzos del siglo XX, algún tipo de legislación social se había promulgado en casi todas las economías de mercado avanzadas.³⁴

Si, de este modo, la filosofía en vigencia era internacionalista, en la forma de nacionalismo liberal (libre comercio, etc.) para la década de 1870 el liberalismo nacional dejó paso al nacional (o nacionalista) liberalismo, con énfasis en el proteccionismo y en el imperialismo extranjero. La consecuencia de tales presiones proteccionistas fue que para fines de la Depresión de 1873-1886, que marcó la finalización del primer experimento con liberalismo económico puro, Alemania ya había establecido un completo sistema de seguridad social y altas barreras arancelarias mientras que en los Estados Unidos las barreras aduaneras establecidas fueron aún mayores a pesar del compromiso con el libre mercado.

Conjuntamente, ambos tipos de proteccionismos (es decir aranceles y controles sociales) contribuyeron al surgimiento del nacionalismo, un movimiento en ascenso durante la última mitad del siglo XIX, específicamente entre las últimas naciones en consolidarse, Alemania e Italia. La demanda por los Estados-nación no expresaba únicamente las necesidades de aquellos que controlaban la economía para desembarazarse de una variedad de leyes comerciales e industriales que se habían tornado un obstáculo insuperable para su industria en desarrollo y un comercio en expansión, como Engels argumentó en relación con la creación del Estado-nación alemán:

*El deseo de una 'madre patria' unida posee un fundamento totalmente material... fue la demanda que surgía de las necesidades inmediatas de las prácticas industriales y hombres de negocios, de la eliminación de todos los lastres históricamente superados que obstruían el libre desarrollo de la industria y el comercio.*³⁵

En efecto, el Estado-nación, luego de su victoria histórica sobre las formas alternativas de organización confederal fue visto como la única forma social que pudo proporcionar protección efectiva no sólo para el capital doméstico contra la competencia extranjera sino también para el trabajo y la tierra contra los efectos perjudiciales del mercado doméstico. De este modo, el surgimiento del nacionalismo no puede analizarse separado de la emergencia de la economía de mercado y éste fue tan 'inevitable' como la emergencia del Estado-nación y la economía de mercado. En otras palabras, el

nacionalismo no puede ser considerado una dimensión inevitable de la modernidad,³⁶ a menos que se lo analice dentro de una problemática específica que suponga que el único curso posible para la historia fue aquel que efectivamente tomó.

El proteccionismo conduce al estatismo

El proteccionismo en las dos formas consideradas antes, minó la economía de mercado que había sido establecida en el siglo XIX y, en efecto, casi la llevó al colapso en el siglo XX. Socavó primero la economía doméstica de mercado distorsionando el mecanismo de los precios y obstruyendo la autorregulación de los mercados de modo que, eventualmente, 'precios y estructura de costos no compatibles prolongaban las depresiones, el equipamiento inadecuado aplazó la liquidación de las inversiones no lucrativas, [y] precios y nivel de ingresos no compatibles causaron tensión social'.³⁷ Socavó en segundo lugar la economía de mercado mundial conduciendo a la rivalidad y la competencia colonial por mercados aún desprotegidos. Como resultado de las políticas proteccionistas, la economía mundial para la cual el sistema de equilibrio de poder del siglo XIX se había detenido, comenzó a desintegrarse. Esto inevitablemente condujo casi hasta el colapso del sistema mismo ya que, como mostró convincentemente Polanyi,³⁸ la 'paz de los cien años' (1815-1914) dependió crucialmente de dos libertades: la libertad de comercio y la libertad de los capitales. Entonces, una vez que comenzó la rivalidad colonial a tener efecto sobre ambas libertades la Primera Guerra Mundial se tornó inevitable.

Pero no fue sólo el sistema de equilibrio de poder lo que colapsó como resultado de las políticas proteccionistas. El sistema de patrón oro, del que dependía fundamentalmente la estabilidad del cambio, tampoco pudo resistir las presiones del proteccionismo. La precondition para que su mecanismo de ajuste (a saber, el mecanismo que supuestamente eliminaba los desequilibrios en la balanza de pagos entre los países que participaban del sistema) funcionara correctamente, consistía en que el ajuste debía alcanzarse mediante cambios en variables 'nominales' (precios, salarios, tasa de interés) antes que mediante los muchos más temibles -social y económicamente- cambios en variables 'reales' (producción y empleo). Sin embargo, las medidas proteccionistas ya sea a favor de los que controlaban la economía de mercado (aranceles, etc) o a favor del resto de la sociedad (a saber, legislación de seguridad social, protección de los sindicatos, etc.) tuvieron el efecto de distorsionar salarios y precios y consecuentemente obstruir el funcionamiento eficiente del mecanismo de ajuste que debía contar con cambios en ingresos y empleo para llevar a cabo el ajuste requerido.

En la década de 1920, por consiguiente, se crearon serios obstáculos a la función autorreguladora del mecanismo del mercado³⁹ no solo en sus fundamentos estrictamente económicos (en especial para proteger el valor de la moneda) sino también en sus fundamentos políticos y en particular para reducir tensión social como consecuencia de la Revolución Rusa de 1917. Los salarios se volvieron 'demasiado rígidos'. En Gran Bretaña, por ejemplo, como señaló D. Moggridge: 'La huelga general de 1926 quitó la posibilidad de extendidas reducciones en el valor de salarios y costos aunque sólo debido a que los intentos de reducciones eran muy costosos social y económicamente'.⁴⁰ El desenlace inevitable fue el colapso del sistema del patrón oro en 1930, un hecho clave para el surgimiento del estatismo. En efecto, el abandono del patrón oro fue una condición necesaria para la expansión del rol económico del Estado. Esto es así debido a que las políticas de déficit presupuestario -una herramienta básica del estatismo- no eran compatibles con el patrón oro, que requería que los planes económicos domésticos estuvieran subordinados a alcanzar el equilibrio extremo. Por ejem-

plo, durante la Gran Depresión, los países con déficit en las balanzas de pago fueron forzados por el sistema a sufrir aún más deflación a fin de alcanzar el balance externo. Esto tuvo lugar en el preciso momento en que millones de personas se encontraban desempleadas y para reducir el desempleo ¡¡eran necesarios planes domésticos de expansión antes que políticas deflacionarias!!

La ruptura del patrón oro estaba, en efecto, reflejando la desintegración de la economía mundial, que había estado vigente desde comienzos de siglo, como resultado de las serias distorsiones introducidas en el libre funcionamiento de los mercados por la legislación anti-liberal (leyes de trabajo, seguro de desempleo), actividad sindical y así sucesivamente. En la misma medida en que la autoprotección de la sociedad contra la economía de mercado fue exitosa, la economía de mercado languideció y aun, casi se desmoronó en la década de 1930 durante la Gran Depresión. Como consecuencia, tal como pone también de relieve Polanyi, fue el fracaso del liberalismo puro lo que puso los cimientos para la casi destrucción de la economía de mercado misma en 1930 y liberó la vía para el surgimiento del estatismo. Así, de acuerdo con la descripción del pensamiento de Polanyi que hace Goldfrank:

*A medida que las naciones devinieron más enredadas en el mercado mundial, las más poderosas se volcaron a la legislación social, los aranceles y otras formas de proteccionismo para mitigar los efectos del intercambio desigual. Del proteccionismo y el imperialismo a la Guerra Mundial hubo un trecho pequeño y del desorientado intento de posguerra de restaurar el patrón oro hubo apenas un paso hasta la depresión.*⁴¹

El proceso de mercantilización: la fase Estatista

El resultado de la desintegración de la economía mundial y del colapso del patrón oro fue que todos los principales países entraron a un período de una interferencia activa del Estado en el control de la economía, en otras palabras, entraron en un período de estatismo -un hecho que marcó una nueva fase en el proceso de mercantilización que fue, podemos decir, la conclusión lógica del proteccionismo que floreció durante y después de la Primera Guerra Mundial⁴² y alcanzó su máximo en la década de 1930 con la adopción de muchas restricciones directas al comercio tales como licencias para importar y exportar, control de cuotas y cambios.

El ejemplo extremo de estatismo fue, por supuesto, la Rusia estalinista donde, por primera vez desde que se estableciera la economía de mercado en el siglo XIX fue hecho un intento 'sistémico' de revertir el proceso de mercantilización. Fue en la década de 1930 que la colectivización de las granjas quitó la tierra del mercado. Este proceso, a su vez, puede ser también atribuido a la desintegración de la economía mundial con su incapacidad de absorber el superávit agrícola ruso y la consecuente imposibilidad de Rusia para basar su desarrollo industrial en maquinarias importadas del oeste. Más aún, la implantación de planes quinquenales quitó al mercado la mayor parte de las decisiones económicas de importación. Aún más: estas decisiones no fueron tomadas por el conjunto de la sociedad. Como veremos en el próximo capítulo la concentración del poder político y económico en manos de la burocracia del partido comunista, en combinación con el no abandono del sistema salarial, significó que el efecto del estatismo socialista en Europa del este -desde el punto de vista de la concentración de poder- fue apenas un cambio en las personas de la élite gobernante antes que la eliminación de la élite misma. En otras palabras, el lugar de los capitalistas en la élite gobernante, quienes controlaban el proceso económico en forma *indirecta* -a través del sis-

tema de mercado-, fue sencillamente ocupado por los burócratas quienes lo controlaron *directamente* -a través de un sistema central de planificación.

Sin embargo, no fue sólo Rusia (a quien siguieron luego de la Segunda Guerra Mundial varios países de la periferia o semi-periféricos del sistema capitalista) que introdujo el estatismo. En el período entre mediados de la década de 1930 y mediados de la de 1970, la norma en todo el mundo capitalista fue una interferencia activa del Estado en el control de los mecanismos del mercado. Aunque las formas de estatismo en el oeste no eran tan abarcativas como en el este y, por supuesto, no tomaban la forma de cambio 'sistémico', el propósito, especialmente en el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial fue similar. En otras palabras, el propósito no fue sólo ayudar al sector privado a florecer bajo un mínimo de controles sociales (como, por ejemplo, en el caso de la Clintonomics o en la economía del 'nuevo Partido Laborista Británico' bajo Tony Blair, hoy día) sino más bien suplantar al sector privado, especialmente en áreas en que el sector privado no fue capaz de cubrir las necesidades de toda la población -en especial con relación a la provisión de servicios sociales (salud, educación, seguridad social, servicios públicos).

Puede ser útil dividir la fase estatista de la mercantilización en dos grandes períodos: primero el que va desde, aproximadamente, 1933 hasta el período bélico inclusive y, segundo, el período de posguerra hasta mediados de la década de 1970.

Estatismo de pre-guerra

Las bases para el estatismo fueron asentadas en el período entre las guerras, durante la Gran Depresión que, siguiendo la quiebra de 1929, empujó la economía de mercado hacia una crisis general. Durante este período, varios países introdujeron diversos grados de estatismo a fin de recuperarse de la Gran Depresión. La forma más drástica, dentro del marco de la economía de mercado, fue introducida en la Alemania Nazi. Mucho antes de que la economía de Alemania fuera puesta en pie de guerra, había una 'considerable supresión del mercado libre',⁴³ que tomó la forma de políticas de déficit presupuestario financiado por la creación de nueva moneda (en efecto, tales políticas fueron instaladas diez años antes del ascenso de Hitler y llevaron a Alemania a la hiperinflación), el control de precios y salarios, la dirección por parte del Estado de las inversiones privadas y así sucesivamente. Aún en el bastión de la libre empresa, los Estados Unidos, el *New Deal* de Roosevelt incluyó una promoción activa de la devaluación del dólar, interferencia del Estado en la determinación de precios y salarios, grandes proyectos de construcciones así como crecientes contribuciones de los empleadores a los fondos de seguridad social. El mismo esquema de intervención drástica del Estado e interferencia con el mecanismo de precios (en lugar del rol relativamente neutral del Estado en la economía -tipificado en las políticas de equilibrio presupuestario- que requería la ortodoxia liberal) fue repetido a su vez en varios otros países (Francia, Suecia, etc.).

Todos los casos de intervencionismo estatal en el período previo a la guerra fueron exitosos en el objetivo amplio de salvar a la economía de mercado del colapso, no obstante, los métodos empleados fueron totalmente antiliberales, ya que su propósito no era fortalecer el proceso de mercantilización sino constreñirlo. Más aún, casi todos los casos resultaron exitosos en el estrecho objetivo de expandir la producción y el empleo sin crear otros problemas, como la inflación. ¿Fue esto prueba de que, a pesar de todo, es posible un control social efectivo del mercado, como siempre han sostenido los socialdemócratas? Un análisis más profundo de las condiciones bajo las cuales fueron alcanzados los logros anteriores indica que la respuesta es negativa.

No se debe olvidar que el período bajo consideración era casi excepcional, es decir, un período en que la misma economía de mercado se hallaba amenazada con la extinción. El hecho, por ejemplo, de que la 'confianza en el comercio' se hallara en un mínimo podría en gran medida explicar la actitud muy tolerante de aquellos que controlaban la producción, hacia medidas que mellaban su poder y sus beneficios económicos. En efecto, fue sólo cuando -y en tanto que- el intervencionismo estatal tuvo la aprobación de los que controlaban la producción que resultó exitoso, como muestran claramente los siguientes ejemplos.

En los Estados Unidos, fue la actitud inicialmente tolerante de los capitales hacia las políticas de déficit presupuestario de Roosevelt que dio como resultado una significativa contribución de estas políticas a las primeras etapas de la recuperación (1934-1936). Fue asimismo el cambio de actitud de los capitalistas norteamericanos, una vez que la recuperación estaba en marcha, que dio lugar a una renovada presión para equilibrar el presupuesto federal y, consecuentemente, a una nueva recesión (1937-1938).⁴⁴

En Alemania, el significativo éxito de las políticas económicas Nazis (a pesar del alto grado de estatismo involucrado, que incluyó interferencia directa en las decisiones sobre precios e inversiones de firmas particulares) fue debido al hecho de que, como lo explicó Bleaney, 'los Nazis fueron aceptados por los hombre de negocios como infinitamente preferibles a la revolución, una creencia que los llevó rápidamente a justificar la abolición de los sindicatos y de los demás partidos políticos'.⁴⁵

Por otro lado, en Francia, donde el gobierno del Frente Popular de la Izquierda intentó una drástica forma de estatismo realizando reformas sociales (recorte en las horas de trabajo, vacaciones pagas, etc.) y redistribución del ingreso en favor de las clases trabajadoras, el intento finalizó en un fracaso. Aunque el desempleo se redujo drásticamente, la inflación se aceleró en forma aguda ya que los que controlaban la producción pasaron a los consumidores el incremento en los costos y el gobierno fue incapaz de imponer controles de precios efectivos. Más aún, finalmente no se alcanzó una recuperación significativa; como resultado de la naturaleza socialista de varias de las reformas, las políticas del Frente fueron correspondidas con la táctica habitual de la fuga de capitales al exterior y el rechazo a la inversión doméstica.

La conclusión es que el éxito o el fracaso del estatismo de preguerra no dependió de factores estrictamente económicos (como los liberales y los marxistas suponen habitualmente) sino de factores políticos, es decir, en qué medida la expansión del rol económico del Estado concitó, o no, el apoyo de los que controlaban la producción, lo que se conoce por el eufemismo de 'confianza de los mercados'.

Aunque la forma Nazi de estatismo y el ataque que llevaba implícito hacia la economía de mercado halló un final sin gloria bajo las ruinas del Tercer Reich, las formas de estatismo que se desarrollaron en el Oeste tuvieron más fortuna: florecieron por otros 30 años o más luego del fin de la Guerra. Y, en efecto, hubo diferencias significativas entre las formas de estatismo de los Nazis y del Oeste. Así, mientras la primera era de carácter 'nacionalista', fundamentalmente debido a consideraciones políticas y militares, las últimas fueron mucho más internacionalistas -una conclusión obtenida también por Polanyi, en el contexto de una problemática distinta.⁴⁶ En efecto, el modelo de estatismo de posguerra en el oeste fue una evolución del modelo de pre-guerra.

Durante la guerra misma, el estatismo, como uno podría esperar, alcanzó nuevas alturas. La planificación estatal, aunque necesaria por el esfuerzo que demandaba la guerra, tuvo el efecto colateral de mostrar las posibilidades que ofrecía el control social conciente de la economía en tiempos de paz. Este 'efecto demostrativo', combinado con la radicalización del electorado en el Oeste (a continuación del fracaso de la

economía de mercado en la década de 1930 y la derrota del fascismo en la guerra) dio nuevos ímpetus al estatismo.

El consenso socialdemócrata

Gran Bretaña, que desde la revolución Industrial hasta la fecha, siempre jugó el rol de 'barómetro de la mercantilización' estableció las bases para el Estado de bienestar, es decir, la forma de estatismo que marcó la historia de posguerra hasta mediados de la década de 1970. El punto de partida en la instalación del Estado de bienestar en la posguerra fue el informe Beveridge cuyo propósito explícito era 'establecer la seguridad social para todos de la cuna a la tumba'.⁴⁷ Fue publicado en 1942 y representó un esfuerzo conciente para limitar los efectos indeseados de la economía de mercado en lo concierne a la cobertura de las necesidades básicas (salud, educación y seguridad social). Dos años después, un gobierno de coalición dominado por los Conservadores inauguró lo que ha sido llamado el *consenso socialdemócrata* y publicó un libro blanco sobre las *políticas de empleo* que comprometía al gobierno (un compromiso observado por gobiernos de todas las tendencias hasta la llegada del neoliberalismo) a políticas de pleno empleo mediante la administración de la demanda agregada, es decir, a través de la manipulación del mercado. En efecto lo que este compromiso significó fue el reconocimiento formal de que los mercados eran incapaces de autorregularse, al menos en lo que concierne a nivel de producción y empleo. Análogamente, el principal objetivo político del Acta de Empleo de 1946 de los Estados Unidos, fue el 'máximo empleo'. Cambios institucionales semejantes tuvieron lugar todos a lo ancho del capitalismo avanzado a fines de la década de 1940, de modo que se puede concluir que este período marcó el comienzo del consenso social demócrata que finalizó en la década de 1970.

Sin embargo, el consenso socialdemócrata que emergió en el período de posguerra, no fue sólo un fenómeno coyuntural como suele argumentarse, sino un cambio estructural con implicancias importantes en los niveles económico, social, político e ideológico / teórico (que yo consideraré aquí) tanto como en el nivel cultural.

En el nivel político, el consenso socialdemócrata fue sostenido activamente por los partidos socialdemócratas y los sindicatos y contó con la tolerancia del capital y de sus representantes políticos. Así, los partidos conservadores fueron sucediendo a los socialdemócratas sin cambiar en lo esencial el nuevo rol socioeconómico del Estado con relación al mercado. A pesar de alguna privatización espasmódica de industrias nacionalizadas, particularmente en Gran Bretaña, los gobiernos en todo el mundo capitalista avanzado expandieron el Estado de bienestar y el sector público en general en forma continua. La vieja izquierda fue también, explícita o implícitamente, parte de este consenso en tanto que los partidos y organizaciones que sostenían propósitos incompatibles con el marco institucional anterior, buscaban salidas en la oposición extraparlamentaria, las culturas alternativas o aún en tácticas de guerrilla urbana en un desesperado y contradictorio intento de funcionar como catalizadores para un cambio social radical.

En el plano económico, el consenso socialdemócrata fue asentado en la moderna sociedad industrial, la que, en su pico de posguerra, fue caracterizada por la producción en masa, grandes unidades de producción, organización burocrática y consumo masivo. El rol económico del Estado fue crucial en el proceso de acumulación intensiva que contaba principalmente con el crecimiento de mercado interno. Esto incluía no sólo el rol indirecto de influencia sobre el nivel de actividad económica mediante políticas fiscales y el Estado de bienestar sino también la acción directa sobre el lado productivo de la economía mediante empresas nacionalizadas e inversión pública. Como

el grado de internacionalización de la economía durante este período fue relativamente pequeño y en consecuencia los 'grados de libertad' del Estado para implementar una política económica nacional eran mucho más significativos que hoy, el nuevo rol del Estado fue posible y deseable. En consecuencia, en tanto que el boom de inversiones de posguerra continuó, los déficit presupuestarios, que lo siguieron inevitablemente, no crearon ningún problema al proceso de acumulación.

En efecto, el período del consenso socialdemócrata estuvo asociado con un boom sin precedentes. La tasa media anual de crecimiento del ingreso per cápita en los países capitalistas avanzados ascendió desde 1,4 % en el lapso 1820-1950 a 3,8 % en el lapso 1950-1970. Asimismo, la acumulación de capital creció desde 2,9 % en el lapso 1870-1913 y 1,7 % en el lapso 1913-1950 a 5,5 % en el lapso 1950-1970.⁴⁸ Dejando de lado el discutible asunto de si es posible establecer una relación causal entre la expansión del rol económico del Estado y el boom,⁴⁹ es indudable que el estatismo jugó un rol significativo en el mantenimiento del desempleo en los niveles más bajos alcanzados en todo el período bajo consideración. Los bajos niveles de desempleo no fueron únicamente debidos a los políticas de déficit presupuestario como en algunas oportunidades se sostuvo equivocadamente. En efecto, los gobiernos de la OCDE mantenían aproximadamente un equilibrio presupuestario de conjunto.⁵⁰ Un camino más fructífero para explicar los altos niveles de empleo en ese período sería tomar en consideración el efecto total del estatismo en la economía y en particular las expectativas optimistas de negocios, que creaba por si mismo el anticiclo de la intervención estatal,⁵¹ tanto como las diversas restricciones sobre los derechos de los empleadores de eliminar empleados, implementado en forma especialmente rigurosa en el sector nacionalizado de la economía donde el exceso de mano de obra era notorio. Así, mientras la tasa de desempleo en los 16 países capitalistas más avanzados era en promedio 5,7% en el período de 1870-1913 y alcanzó 7,3 % en 1913-1950, cayó a un promedio de 3,1% en 1950-1970.⁵² Al mismo tiempo el Estado de bienestar se expandió rápidamente y para comienzos de la década de 1970 alrededor de la quinta parte del Producto Bruto Interno (PBI) en los países capitalistas avanzados (excepto Japón) fue empleado en gastos sociales.⁵³ Indicativo del rápido crecimiento del Estado de bienestar durante este período es el hecho de que los gastos sociales en Gran Bretaña que subieron 4% del PBI en 1910 hasta aproximadamente 11% en el período entre ambas guerras, ascendió a 25% a comienzos de la década de 1970.⁵⁴

En el plano social, el consenso socialdemócrata ha estado asociado con la seguridad laboral, el crecimiento de los mercados de trabajo (siguiendo la entrada masiva de la mujer en la producción durante el boom de la posguerra) y la confianza en un futuro de continuo crecimiento económico y de expansión del Estado de bienestar. Los factores anteriores combinados con el hecho de que la clase trabajadora era aún numéricamente poderosa, condujo al surgimiento de un fuerte movimiento sindical que, a través de liderazgos burocráticos y particularmente a través de sus organizaciones no oficiales (movimiento de los delegados de taller) influyó significativamente en el control del mercado. Más aún, en este clima, una serie de fuertes movimientos de liberación surgió entre las mujeres, los estudiantes y las minorías étnicas. Una crisis de las instituciones sociales iba en aumento y grandes grupos sociales se cuestionaban las mismas bases de la sociedad jerárquica moderna: la familia patriarcal, la escuela y la universidad autoritarias, la fábrica y la oficina jerárquicas, el partido y el sindicato burocráticos. En efecto, todos aquellos movimientos estaban desafiando el carácter supuestamente democrático de la sociedad en el amplio dominio social.

El consenso social confiaba en el acuerdo explícito o implícito entre el capital y los sindicatos y/o los partidos políticos que representaran sus intereses, proponiendo la

reproducción de la *economía mixta*, es decir, del sistema económico que expresa el consenso social demócrata. El consenso incluye un compromiso del Estado para asegurar altos niveles de empleo y un 'salario social' (en términos de servicios sociales) a cambio de un compromiso de los sindicatos de frenar las demandas de los trabajadores de modo que el incremento de los salarios reales (incremento de los salarios menos la tasa de inflación) no exceda el aumento de productividad. El acuerdo fue habitualmente formalizado en la forma de *control de precios y salarios*, el que, a través del período de consenso social demócrata, ha jugado un rol significativo en frenar la inflación sin hacer mella en los beneficios.

Finalmente, en el nivel ideológico/teórico, siguiendo la gloriosa victoria de posguerra del Keynesianismo (es decir la orientación reformista socialdemócrata dentro de la profesión económica ortodoxa) sobre la corriente neoclásica conservadora (es decir el paradigma económico dominante durante la primera fase del proceso de mercantilización hasta la guerra), el consenso socialdemócrata se estableció firmemente también en las ciencias sociales. Las bases de la nueva ortodoxia que abarcaba a la vez la teoría y la política económica era de control (macroeconómico) del Estado sobre el mercado con el fin de alcanzar los objetivos de pleno empleo, máximo crecimiento económico y, en cierta medida, la redistribución del ingreso en favor de los grupos de menores ingresos.

En conclusión, se podría sostener que lo que Polanyi quería expresar con el término *Gran Transformación* se alcanzó en cierta medida durante el período del consenso socialdemócrata. El sistema de mercado, particularmente de trabajo y dinero fue sometido a importantes controles sociales. Así, considerando el trabajo, no sólo el nivel de empleo sino también las condiciones de trabajo y salarios fueron determinadas por fuera del mercado. Esto fue realizado mediante políticas fiscales y *control de precios y salarios* establecidos dentro del contexto de acuerdos tripartitos entre trabajo, capital y gobierno. También, considerando el dinero, aunque ni las inversiones ni los ahorros fueron excluidos del control del mercado, tanto la dirección de las inversiones como la regulación de las tasas de interés se convirtieron en tareas del gobierno. Esto se realizó a través de políticas monetarias agresivas y controles directos y/o indirectos de inversiones y así sucesivamente.

Con el abandono del patrón oro, cuyo mecanismo de ajuste era incompatible con cualquier forma de estatismo, en la década de 1930 el valor de la moneda pasó a ser establecido por los mercados extranjeros de cambio. El sistema de moneda flexible era más compatible con el estatismo ya que dejar el valor de la moneda al cuidado de los mercados extranjeros de cambio, permitía más libertad para el intervencionismo estatal en la economía. Sin embargo, como el sistema de tasas flexibles fue pensado para tener repercusiones negativas en la expansión del comercio exterior, debido a la incerteza que crea en los intercambios internacionales, el sistema fue rápidamente abandonado inmediatamente después de la guerra.

Entonces, un nuevo sistema de *flexibilidad administrada* fue establecido bajo el acuerdo de Bretton Woods de 1944. El nuevo sistema intentaba ajustar los requerimientos de ambos, estatismo y libre comercio y fue en consecuencia diseñado como un compromiso entre el patrón oro y el sistema de moneda flexible. En otras palabras, el sistema de Bretton Woods intentó proveer un sistema monetario internacional que habría constituido una base compatible para el modelo estatista internacional que ya había surgido en el período de pre-guerra, asegurando la soberanía económica de los Estados-naciones con respecto a las políticas económicas domésticas tanto como la estabilidad en el valor de la moneda. Sin embargo, a pesar de que el sistema de Bretton Woods inicialmente tuvo éxito en su propósito, finalmente las contradicciones internas

y especialmente el hecho de que santificaba la dominación del dólar norteamericano - un arreglo que en alguna etapa se tornó incompatible con el cambio en el equilibrio mundial de las fuerzas económicas, como resultado del ascenso del poder económico de Japón y Alemania- llevó a su caída en comienzos de la década de 1970. Este hecho contribuyó significativamente al deceso del estatismo. Los Estados-nación inicialmente intentaron mantener su soberanía económica revirtiendo a un sistema de tasas flexibles que, en tanto los controles de capitales y de cambio actuaran, podría asegurar su soberanía económica. Sin embargo, tan pronto como estos controles fueron abolidos bajo la presión de los mercados, las políticas económicas independientes y el estatismo mismo fueron sentenciados a muerte.

La internacionalización de la economía y el colapso del estatismo

A pesar de la expansión del estatismo en el plano económico *nacional*, el proceso de mercantilización en el plano *internacional* (en el sentido de abandono gradual de controles al movimiento de las mercancías y posteriormente del capital), que fue interrumpido luego de la Gran Depresión y la explosión de proteccionismo que la siguió, fue reanudado. Entonces, las rivalidades comerciales entre las mayores naciones capitalistas y las viejas rivalidades nacionalistas consecuentes, que caracterizaron la primera mitad del siglo XX y condujeron a dos guerras mundiales, fueron diligentemente superadas y reemplazadas por una rápida expansión del comercio (principalmente entre ellas). Las exportaciones mundiales crecieron a una tasa media anual del 7% en el período 1948-1973 mientras que la producción económica global creció a una tasa media del 5%.⁵⁵ Como resultado de estas tendencias, a comienzos de la década de 1970, la sexta parte de los productos manufacturados consumidos en Europa fueron importados del exterior. Así, mientras la penetración de importaciones (importaciones como porcentaje de las manufacturas del mercado doméstico) dentro de Europa fue sólo 6% en 1937 y 1950, creció al 11% en 1963 y al 17% en 1971, que es, un nivel significativamente más alto que el nivel de 13% de 1913.⁵⁶ Análogamente, las exportaciones, como porcentaje del PBI, crecieron en Europa de una media de alrededor del 19% para el primer trimestre del año posterior a la guerra hasta 1973, hasta casi 26% en el período 1974-1979.⁵⁷

La internacionalización de la economía de mercado de posguerra fue estimulada activamente por los países capitalistas avanzados, particularmente en vistas de la expansión del 'socialismo real' y de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo. Sin embargo, la internacionalización fue fundamentalmente el resultado de factores 'objetivos' vinculados a la dinámica de la economía de mercado y, en particular, a la expansión de la actividad de corporaciones multinacionales y al crecimiento paralelo del mercado del Eurodólar. El mercado del Eurodólar proporcionó un entorno de libre regulación donde los dólares norteamericanos (y posteriormente otras monedas fuertes como el yen, el marco, etc.) pudieron ser tomados y dados libres de cualquier requisito regulatorio o impositivo norteamericano. El crecimiento de este nuevo mercado, que simplemente reflejaba las crecientes necesidades de las corporaciones multinacionales, fue conducente al posterior levantamiento de los controles de cambio y de capitales. Esto es porque los controles de cambio de los Estados-naciones, en particular en Gran Bretaña donde se originó el mercado del Eurodólar,⁵⁸ fueron puestos bajo severas tensiones durante toda la década del '70.

De este modo, los arreglos institucionales adoptados en el período de posguerra para liberalizar los mercados de mercancías y capitales a nivel planetario (rondas del GATT de reducciones arancelarias), a nivel regional (Comunidad Económica Europea

Tabla 1.1: Tasas medias anuales de crecimiento en las economías de altos ingresos de la OCDE¹

	Gastos del gobierno ²	Consumo privado	Inversiones brutas internas	Exportaciones de bienes y servicios ³	Producto bruto interno
1960-70	4.8	4.3	5.6	8.4	5.1
1970-80	2.6	3.5	2.3	6.0	3.2
1980-93	2.1	3.0	3.4	5.1	2.9

1. Conjunto de países miembros de la *Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE)* a los que el Banco Mundial clasifica como 'economías de altos ingresos', es decir, Estados Unidos, Canadá, Japón Australia, Nueva Zelanda, la Unión Europea (excepto Grecia y Portugal), Suiza y Noruega.

2. Incluye todos los gastos corrientes por adquisición de bienes y servicios por parte de los gobiernos en todos sus niveles.

3. El valor de los servicios de factores tales como ingreso de inversiones, ingreso de intereses y de trabajo se excluyen.

Fuente: Banco Mundial, Reporte de Desarrollo Mundial, (1981 y 1995).

(CEE), Asociación Europea de Libre Comercio (AELC)), y a nivel nacional (abolición de los controles a los capitales y al cambio en Estados Unidos y Gran Bretaña en la década de 1970, etc.) antes institucionalizaron que crearon la economía internacionalizada de mercado. Fue la dinámica de crecer o morir de la economía de mercado la que los generó.

La creciente internacionalización implicó que el crecimiento de la economía de mercado contara cada vez más con la expansión del mercado mundial antes que con la de los mercados internos, como antes -un hecho que tuvo implicancias muy significativas con relación al rol económico del Estado. Durante el período del consenso socialdemócrata, el crecimiento económico se apoyó principalmente en el crecimiento de la demanda doméstica que resultaba ser casi el 90% de la demanda total en los países capitalistas avanzados. En este esquema, el sector estatal jugó una parte importante en el control del tamaño del mercado mediante la manipulación de la demanda agregada. Los medios usados para este propósito fueron el gasto y las inversiones públicas así como la actividad económica de las empresas nacionalizadas. La condición necesaria, sin embargo, para el funcionamiento eficiente del sistema económico fue el grado relativamente bajo de internacionalización, es decir, un grado compatible con el marco institucional relativamente protector del mercado interno de mercancías, capital y trabajo. Fue precisamente la negación de esta condición, en tanto creció la internacionalización de la economía de mercado, que hizo imposible el mantenimiento del consenso socialdemócrata.

Una indicación de las tendencias anteriores está dada en las tablas 1.1 y 1.2.

Aunque la Tabla 1.1 muestra que la tasa de crecimiento de las exportaciones es siempre mayor que la del ingreso nacional (PBI), esto no necesariamente significa que las exportaciones han sido siempre el motor del crecimiento. En efecto, la tasa de crecimiento de las exportaciones ha, históricamente, excedido siempre la del ingreso, y hay una variedad de explicaciones teóricas para este fenómeno.⁵⁹ En otras palabras, para valorar la importancia de un componente de la demanda total, como las exportaciones o los gastos gubernamentales, con relación a la tasa de crecimiento total de la economía, debemos comparar no sólo las tasas de crecimiento sino también el 'peso'

Tabla 1.2: Distribución del Producto Bruto Interno (PBI) (%) en las economías de altos ingresos de la OCDE.

	Gastos del del Gobierno ¹	Consumo privado	Inversiones brutas internas	Exportaciones de bienes y servicios ²
1960	15	63	21	12
1965	15	61	23	12
1970	16	60	23	14
1978	18	60	22	18
1987	18	61	21	18
1993	17	63	19	20

1. Ver las notas de la Tabla 1.1 para las definiciones de gastos del gobierno y exportaciones.

2. Como las importaciones no se han reportado en la tabla, la suma en cada fila no resulta 100.

Fuente: Banco Mundial, Reporte de Desarrollo Mundial, (varios años).

de los respectivos componentes en la demanda e ingresos totales (Tabla 1.2.). De la comparación de las Tablas 1.1 y 1.2 podemos extraer las siguientes conclusiones:

- Primero, aunque entre las décadas de 1960 y 1980 hay un descenso general en las tasas de crecimiento, la caída en las tasas de crecimiento del gasto público es significativamente mayor que la correspondiente a exportaciones.
- Segundo, la fracción de ingresos aportada por las exportaciones, en los países capitalistas avanzados, se incrementó en un 66% en las tres últimas décadas mientras que la proporción de gasto público, luego de alcanzar un pico en la década de 1980, parece estar declinando en la siguiente a pesar de los gastos gubernamentales extraordinarios causados por el masivo ascenso del desempleo y la pobreza.
- Tercero, como resultado de esta tendencia del crecimiento, en la década de 1960, el cociente entre gasto público e ingresos era notablemente mayor que el cociente entre exportaciones e ingresos; en los 90 la relación es opuesta.

Bajo condiciones de creciente internacionalización el tamaño de la economía de crecimiento depende cada vez más de las condiciones de abastecimiento, que a su vez determinan el desempeño comercial, antes que de la expansión directa de la demanda doméstica. Las condiciones de abastecimiento juegan un rol creciente con respecto a la acumulación y al crecimiento económico, ya que es el comercio internacional el que determina el tamaño de cada economía nacional de crecimiento, ya sea positivamente (a través de un crecimiento conducido por las exportaciones), ya negativamente (a través de una desindustrialización guiada por importaciones). En otras palabras, la competitividad bajo condiciones de libre comercio, se torna aún más crucial, no sólo en relación con un mayor crecimiento, empujado por las exportaciones, sino también en relación con la penetración de importaciones que finalmente conducen al cierre de los negocios domésticos y al desempleo. Para resumirlo, la economía de mercado, a medida que aumenta la internacionalización evoluciona desde una economía de crecimiento 'en función del mercado interno' hacia una economía de crecimiento 'en función del comercio'.

En el marco de un crecimiento impulsado por el comercio, las condiciones prevalentes en la economía, en el lado de la producción, en particular aquellas vinculadas

con el costo de la producción, se tornan críticas: rebajar el costo de la producción, tanto en términos de costo del trabajo como en términos de impuestos a los empleadores y contribuciones a la seguridad social, se hace muy importante. Pero rebajar el costo de la producción necesitó una reducción drástica del estatismo, ya que el estatismo fue el responsable de una importante alza en los costos de producción durante el período del consenso socialdemócrata, tanto directa como indirectamente. Directamente, debido a que la expansión del Estado de bienestar significó una carga creciente en las contribuciones e impuestos de los empleadores. En Gran Bretaña, por ejemplo, la carga impositiva con respecto a los beneficios de las compañías (excluyendo las contribuciones del Seguro Nacional) crecieron del 44% en el período de 1955-1959 al 48,6% en el período de 1967-1970.⁶⁰ Indirectamente, debido a que bajo las condiciones de casi pleno empleo que prevalecieron durante la fase estatista del proceso de mercantilización, los trabajadores organizados pudieron presionar exitosamente por alzas de salarios que excedían significativamente las alzas de productividad. Esto se tornó un problema particularmente temible (para los que controlaban la economía de mercado) en el período de 1968-1973, cuando un masivo movimiento de huelga, auténticamente autónomo de la conducción burocrática de los sindicatos, condujo a una rápida suba de salarios con la correspondiente disminución de los beneficios. Así, mientras que en el período de 1960-1968 los salarios efectivos reales (luego de los descuentos de impuestos) y la productividad en el mundo capitalista avanzado crecieron aproximadamente a igual tasa (4%), en el período de 1968-1973, en tanto, los primeros crecieron a un 4,5% y la segunda creció a un 3,4%.⁶¹ Como resultado, la participación de los beneficios en el rendimiento de los negocios cayó aproximadamente un 15 % en 1968-1973.⁶²

El efecto acumulativo de no permitir que el mercado de trabajo libre de intervención estatal determine los niveles de salario y empleo como requiere una economía de mercado, fue la crisis de comienzos de la década de 1970. En otras palabras, la crisis, al revés del frecuente punto de vista progresista, no fue fundamentalmente debida a la crisis del petróleo, sino al hecho de que el grado de internacionalización de la economía de mercado alcanzado para entonces no era ya compatible con el estatismo. Esto fue porque:

- a) El control efectivo de la economía, se tornó casi imposible para el Estado-nación en el marco de un movimiento de capitales (y mercancías) crecientemente libre a través de las fronteras. Aunque la apertura del comercio internacional creció significativamente en el período de posguerra, la falta de apertura financiera permitió a los gobiernos seguir políticas económicas independientes. Sin embargo, tan pronto como el desarrollo de los mercados de monedas europeas redujo significativamente la efectividad de los controles sobre los mercados financieros, las corporaciones multinacionales vieron que tenían poder para socavar aquellas políticas económicas nacionales que fueran incompatibles con sus propios objetivos efectivamente acrecentados;
- b) La misma expansión del estatismo tenía ciertos elementos constitutivos que llevaban a la inflación y/o a disminuir las ganancias, que eran ambas particularmente problemáticas dentro del marco competitivo que había creado la economía de mercado internacionalizada. Uno de tales elementos era el rápido crecimiento del gasto público -para financiar la expansión de los roles social y económico del Estado- que en algunos casos fue más rápido que el crecimiento de la renta pública llevando a un financiamiento inflacionario del déficit presupuestario resultante.⁶³ Un elemento aun más significativo fue el hecho de que los empleadores a fin de minimi-

zar el impacto sobre los beneficios debido al 'excesivo' aumento de los salarios (es decir, suba de salarios mayores que las subas en la productividad) transfirieron exitosamente una parte importante del incremento de los costos laborales a los consumidores bajo el pretexto de la crisis del petróleo. Sin embargo, la creciente internacionalización de la economía y la competencia intensificada que la siguió hicieron cada vez más difícil transferir los aumentos salariales excesivos a los precios. El resultado fue que la reducción de beneficios mencionada antes se incrementó aún más a finales de la década del 70. En la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico europeo, por ejemplo, la ganancia en términos de participación del beneficio neto en las manufacturas, cayó de un 21,8% en 1968 a 20,9% en 1973 y a 17,4% en 1979.⁶⁴

El tiro de gracia fue la crisis de estancamiento con inflación de los 70 que se tornó inevitable una vez que los gobiernos, para reducir las presiones inflacionarias creadas por las tendencias anteriores y la crisis del petróleo, se embarcaron en políticas antiinflacionarias tradicionales. Entonces, no sólo la inflación no se desaceleró sino que el desempleo también comenzó a subir significativamente, ya que las políticas antiinflacionarias acrecientan el desempleo breve por sobre el desempleo de grandes plazos, que en este momento también estaba creciendo como resultado de la revolución informática. En conclusión, el colapso del estatismo y el ascenso del neoliberalismo que discutiremos a continuación deben ser analizados en el contexto de una internacionalización creciente de la economía de mercado que ha hecho al estatismo crecientemente incompatible con ella.

El proceso de mercantilización: la fase neoliberal

El florecimiento del movimiento neoliberal

La crisis económica de la década de 1970 que fue exacerbada por el colapso del sistema de Bretton Woods y el retorno a las incertidumbres de la moneda flexible, llevó al crecimiento del movimiento neoliberal. En contraste con la Vieja Derecha Liberal que se asentaba en la tradición, la jerarquía y la filosofía política, el credo de la Nueva Derecha Neo Liberal estaba basado en la ciega creencia en las fuerzas del mercado, el individualismo y la 'ciencia' económica.⁶⁵ El individualismo cobró un nuevo significado ya que su propósito es la liberación del ciudadano de la 'dependencia' del Estado de bienestar. Así, las demandas liberadoras de la década de 1960 por la autodeterminación de la sociedad, son distorsionadas por los neoliberales y reformuladas como una demanda de autodeterminación a través del mercado!

El movimiento neoliberal, que primero emergió entre los economistas de la academia (escuela de Chicago, resurrección de Hayek y así sucesivamente) y luego se divulgó entre los políticos profesionales, especialmente en el Reino Unido y los Estados Unidos, representó un poderoso ataque contra el estatismo socialdemócrata. Sin embargo, lo interesante es el hecho de que los teóricos neoliberales atacaron no sólo el estatismo sino también la 'excesiva' democracia como las causas de la crisis económica, una segura indicación de la incompatibilidad entre la economía de crecimiento capitalista y la democracia. Así, varios críticos neoliberales del consenso socialdemócrata, incluso Samuel Huntington, Daniel Bell y J.M. Buchanan, culpaban a la participación democrática 'excesiva' (es decir creciente influencia de los controles sociales sobre el mercado, en los comienzos del período de posguerra y el consecuente ascenso del Estado de bienestar) como el factor principal que minó seriamente el desarrollo capitalista.⁶⁶ Para Huntington, la movilización de las masas y la incontrolable partici-

pación democrática condujo a un extraordinario incremento en el gasto público, que minó el desarrollo económico. Para Daniel Bell, el Estado de bienestar condujo a la expansión de un incontrolable consumismo hedonista que degradó la ética protestante de austeridad, ahorro y trabajo duro sobre la cual se asentó el desarrollo del capitalismo occidental. Finalmente, para J.M. Buchanan las élites políticas y burocráticas estatales, siguiendo una lógica de costo-beneficio, mantuvieron la expansión del Estado ya que esta expansión implica mayores remuneraciones para los sectores más corruptos de estas élites y mayor influencia política para el resto. No hay que asombrarse de que en un informe a la comisión trilateral (que tenía miembros de las tres regiones económicas más importantes, Norteamérica, Europa Occidental y Japón) Huntington y sus colaboradores sostuvieron que la 'agitación democrática' de la década de 1960 creó un exceso de democracia que incrementó las demandas por servicios a los gobiernos, debilitó su autoridad y generó inflación.⁶⁷

Es entonces obvio que los blancos del movimiento neoliberal eran los controles sociales sobre el mercado, que habían sido introducidos durante la fase estatista del proceso de mercantilización. El estatismo socialdemócrata, en forma de nacionalizaciones, políticas de pleno empleo y el Estado de bienestar siempre ha sido visto por las élites económicas como causante de la destrucción de la hegemonía del capital privado, a través de la creación de un sistema tripartito de poder económico (Estado, sindicatos y capital). Una vez, entonces, que los factores políticos y económicos lo hicieron posible, el ataque contra el consenso socialdemócrata se hizo inevitable. El principal factor económico fue, como vimos anteriormente, la internacionalización de la economía que se tornó incompatible con el estatismo socialdemócrata. Los factores políticos apuntaban a la declinación de la izquierda, como resultado de la expansión de las clases medias a expensas de la clase de trabajadores manuales, y al paralelo colapso del 'socialismo real'.

El último propósito neoliberal fue acrecentar el poder de los que controlan la economía, a través de la reducción drástica del control social sobre el mercado. Las principales políticas propuestas y subsecuentemente implementadas, primero por las administraciones Thatcher-Reagan y posteriormente por los demás gobiernos de todo el mundo han sido las siguientes:

- **Liberalización de los mercados:** el mercado de trabajo es el principal blanco de la liberalización. Así, muchos importantes controles están siendo eliminados y otros están siendo drásticamente modificados con el propósito explícito de hacer el trabajo 'flexible', es decir, más amigable para las condiciones del mercado (Hire-and-fire culture). En efecto, como siempre, 'el propósito es convertir el trabajo en una mercancía -no sólo en la forma en que se establecen salarios y condiciones sino también en la forma en que se administra la labor en el lugar de trabajo'.⁶⁸ El debilitamiento de estos controles, combinado con el abandono del compromiso estatal de pleno empleo y la legislación anti sindicatos, significó que los efectos de los cambios tecnológicos, que condujeron al desempleo estructural, no fueran balanceados por una efectiva acción del Estado; en cambio, se dejó a las fuerzas de mercado arreglar el problema del desempleo. Mas aún, las políticas neoliberales, restringiendo el sector estatal, contribuyeron directamente al alza del desempleo. Como resultado, el desempleo se hizo masivo, mientras la pobreza y la desigualdad también crecieron en proporción, con la desregulación del mercado laboral. Así, el desempleo en los países capitalistas avanzados (el Grupo de los siete, G7, es decir los siete países capitalistas más avanzados: Estados Unidos, Japón, Canadá, Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia) creció un 56% entre 1973 y 1980 (de un

promedio de 3,4% a un 5,3% de la fuerza laboral⁶⁹) y otro 50% desde entonces (de 5,3% en 1980 a 8% de la fuerza laboral en 1994).⁷⁰ También, en consideración del mito neoliberal sobre la creación de trabajo siguiendo la desregulación del mercado laboral, estudios recientes mostraron que la mayor parte de los nuevos trabajos consisten en puestos mal remunerados (por lo común trabajos temporarios) que reemplazan empleos de tiempo completo relativamente bien remunerados. Así, se celebra el hecho de que en el país modelo en relación con la liberación del trabajo, los Estados Unidos, el desempleo abierto es aproximadamente la mitad que en la Unión Europea (en 1995, 5,6% versus 10,7%).⁷¹ Lo que no se menciona habitualmente es que aproximadamente un 30% de la fuerza laboral en los Estados Unidos está hoy compuesta por trabajadores temporarios⁷² y que la amplia mayoría de los nuevos trabajos reciben una paga mucho menor que los antiguos. Segundo, los *mercados de capitales* han sido también liberados, particularmente los mercados financieros internacionales (eliminación de controles de cambio, etc.). La liberalización de los mercados de capitales ha incrementado las oportunidades de evasión de impuestos, erosionado la base impositiva requerida para financiar el Estado de bienestar, facilitado la volatilización de los capitales y, lo que es más importante, imposibilitado cualquier clase de planificación indicativa y control efectivo de la demanda interna agregada. En consecuencia, cantidades gigantes de dinero se desplazan en busca de ganancias especulativas y socavan la capacidad de los gobiernos de seguir políticas económicas que se aparten significativamente de las de sus competidores. Finalmente, como vimos antes, los *mercados de mercancías* también han sido liberados, fundamentalmente, como consecuencia de los últimos acuerdos del GATT. Los resultados completos de estas políticas de liberalización fueron que, para el inicio de la década de 1990, un orden casi totalmente liberal fue creado a través de la región de la OCDE, dando a los actores del mercado un grado de libertad del que carecían desde la década de 1920.⁷³

- **Privatización de las empresas estatales:** las privatizaciones son importantes no sólo porque reducen el tamaño del sector estatal sino porque crean también nuevas oportunidades para el capital privado. Más aún, se promueve la extensión de la propiedad compartida como una especie de 'capitalismo popular' a pesar de que, según mostró la experiencia británica, la concentración de capital es aun mas profundizada por las privatizaciones. En consecuencia, a pesar de que el número de accionistas se triplicó en la década de 1980, luego de las privatizaciones masivas del gobierno de Thatcher, la proporción de tenencia de acciones individuales (no de firmas capitalistas ni de instituciones) cayó de 54% en 1963 a 28% en 1981 y a 20% en 1988.⁷⁴
- **Reducción del Estado de bienestar a una red de seguridad y a un paralelo estímulo a la expansión del sector privado hacia los servicios sociales:** (salud, educación, sistema jubilatorio y otros). Esto no sólo condujo a la mercantilización de sectores de la economía que acostumbraban a estar bajo control estatal sino que redujo aun más los 'salarios sociales' e hizo el trabajo aún más 'flexible' a las condiciones de mercado.
- **Redistribución de impuestos a favor de los grupos de mayores ingresos:** En Gran Bretaña, por ejemplo, los que perciben los mayores ingresos reciben la parte del león en la reducción de impuestos motorizada por el gobierno de Thatcher entre 1979-1980 y 1990-1991. Por consiguiente, los de ingresos máximos (1,6% de los contribuyentes) reciben casi el 30% de la reducción total en los tributos, mientras que al 11% que perciben ingresos mínimos se les retribuye con apenas una reduc-

ción menor al 2%.⁷⁵ El propósito explícito de tal recorte en los impuestos es crear 'incentivos' para que la élite económica ahorre e invierta, en tanto que el propósito implícito es incrementar los beneficios libres de impuestos y distribuir el costo de la red de seguridad. El resultado inevitable de las políticas tributarias neoliberales ha sido una mayor inequidad en la distribución de los ingresos efectivos.

Como resultado de estas políticas, la productividad, que se había hundido al final del período estatista, fue casi restaurada a los niveles alcanzados en el pico del boom de posguerra. Así, la productividad de las industrias europeas, que había alcanzado un piso de 17,4% en 1979, para 1989 se incrementó al 23,7%, no lejos del 26% alcanzado en el lapso 1952-1966.⁷⁶

El consenso neoliberal

La internacionalización de la economía y las políticas neoliberales coincidieron con cambios tecnológicos significativos (revolución informática) que marcan el movimiento de la economía de mercado a una fase posindustrial. El efecto combinado fue un cambio drástico en la estructura del empleo que redujo masivamente el tamaño de la clase de trabajadores manuales. Por ejemplo, en el G7 (menos Canadá), la proporción de la población activa empleada en la industria cayó en un tercio entre 1972-1973 y 1992-1993 (de un promedio de 31% en el primer período a un 20% en el segundo).⁷⁷ Este hecho tuvo significativas implicaciones en la fuerza e importancia de los sindicatos y partidos socialdemócratas. Así, en los Estados Unidos, los sindicatos han sido diezmos en apenas dos décadas, sus miembros cayeron aproximadamente de 35 millones a 15 millones.⁷⁸ En Gran Bretaña, catorce años de *thatcherismo* fueron suficientes para bajar la afiliación a los sindicatos de 13,3 millones en 1979 a 9 millones en 1993 y la proporción de trabajadores sindicalizados (31%) a su mínimo valor desde 1946.⁷⁹ Al mismo tiempo, nuevamente en Gran Bretaña, la proporción de población activa en trabajo no manual creció del 12,8% en 1951 al 31,9% en 1978.⁸⁰ Como resultado de estas tendencias la estructura del electorado británico cambió drásticamente, con la proporción de trabajadores manuales cayendo de la mitad a una tercera parte del electorado en apenas veinte años (1964-1983).⁸¹

Por consiguiente, una nueva estructura de clases surgió de la economía de mercado internacionalizada posindustrial que, en general, puede ser definida como sigue. En ambos extremos están las que podemos llamar la subclase y la supraclase. La *subclase* está constituida principalmente por los desempleados y aquellos de los inactivos y los subempleados que se hallan debajo de la línea de pobreza. El grupo de los inactivos no consiste meramente de mujeres que, como antes, permanecen en el hogar sino, fundamentalmente, de hombres en edad de trabajar y padres o madres solos, en tanto que los subempleados son los trabajadores a tiempo parcial, ocasionales, etc. Jóvenes, mujeres, minorías étnicas e inmigrantes están representados desproporcionadamente en la subclase. En Gran Bretaña, ha sido estimado que los 'absolutamente desfavorecidos' (un término que significa lo mismo que subclase) constituyen alrededor del 30% de la población trabajadora adulta⁸² que, de acuerdo con otro estudio⁸³, controla menos del 14% del ingreso. En el otro extremo de la escala está la nueva *supraclase*, es decir la clase media alta que fue creada por el proceso de mercantilización y que se aisló en encierros de alambres de púa⁸⁴ -ghettos lujosos que contrastan con los ghettos de miseria de la subclase. La clase media alta, junto con la clase alta misma, constituye un muy pequeño porcentaje de la población pero percibe una desproporcionadamente alta parte del ingreso. En los Estados Unidos, por ejemplo, el 1% de las familias de más altos ingresos percibían en 1988 el 13,5% del total de ingresos brutos.⁸⁵

Finalmente, entre estos dos polos, están los grupos medios que constituyen la vasta mayoría de la población. Si tomamos nuevamente el ejemplo británico, estos grupos medios constituyen aproximadamente el 70% de la población. Como siempre, sólo la parte de arriba de estos grupos medios, consistente en alrededor de un 40% de la población, es, de acuerdo con Hutton⁸⁶, la *minoría privilegiada* y, de acuerdo con Galbraith⁸⁷, la *mayoría electoral satisfecha*. Es sólo esta parte de la población que cuenta con trabajos de tiempo completo, bien pagos y seguros y controla el grueso de los ingresos. En los países capitalistas avanzados el 40% de la población con mayores ingresos controla en promedio las dos terceras partes del ingreso⁸⁸ y por su poder político y económico, determina los resultados electorales. Por otro lado, la parte de menores ingresos de los grupos medios que constan de alrededor del 30% de la población, incluye todos aquellos con trabajos de baja remuneración, inseguros y pobremente protegidos (los *marginalizados* y los *en riesgo* de acuerdo con Hutton). La mayor parte del creciente ejército de trabajadores a tiempo parcial y ocasionales con trabajos mal pagos, sin protección laboral formal, así como la tradicional clase obrera baja no especializada, pertenecen a esta categoría.

Entonces, la sociedad neoliberal posindustrial no es siquiera los 'dos tercios de la sociedad' como se acostumbra a describir. Es, en efecto, el '40% de la sociedad'. Los grupos sociales que constituyen esta minoría privilegiada son, básicamente, hostiles a cualquier expresión de estatismo y Estado de bienestar y son crecientemente atraídos por la ideología de la provisión privada de los servicios como salud, educación y pensiones -aunque una parte significativa de esta 'atracción' está forzada por la destrucción neoliberal de la provisión estatal de estos servicios. Su actitud hacia el estatismo y el Estado de bienestar esta determinada por el hecho de que los servicios públicos y su financiación por medio de impuestos tiene un efecto dispar sobre la minoría privilegiada y la subclase. En otras palabras, es fundamentalmente la minoría privilegiada la que tiene que financiar, mediante impuestos, servicios públicos en los que ya no está mas interesada (debido al deterioro de su calidad como resultado de las políticas neoliberales). Como la minoría privilegiada es también la mayoría electoral (debido a que ellos toman parte activa en el proceso electoral, en tanto que la subclase no se molesta mayormente en votar, frustrada por la incapacidad de los partidos políticos para resolver sus problemas), los resultados electorales en los países capitalistas avanzados son determinados por la actitud de la minoría privilegiada/mayoría electoral.

El resultado inevitable de los cambios anteriores en la estructura de clases y composición del electorado ha sido la rápida declinación de los partidos socialdemócratas tradicionales y su intento de capturar una parte significativa de los votos de la minoría privilegiada, por la vía de su 'modernización', de acuerdo a los lineamientos de la agenda neoliberal. Así, en los últimos quince años, más o menos, todos los mayores partidos socialdemócratas, ya sea en el poder (Francia y Suecia) o en la oposición (Alemania, Gran Bretaña) abandonaron las políticas tradicionales de la socialdemocracia como el compromiso del pleno empleo y el Estado de bienestar y adoptaron, con variaciones menores, la esencia del programa neoliberal (privatizaciones, liberación de los mercados y otras), ¡en nombre de la liberación de la 'sociedad civil' del estatismo! A todo esto, ellos trataban habitualmente de incorporarle una 'dimensión social'. El patético intento socialdemócrata de agregar tal dimensión a los nuevos tratados de la Unión Europea es un caso singular.

El tiro por elevación de estos cambios a nivel político ha sido la 'Americanización' de los procesos políticos sobre todo el mundo capitalista avanzado. En lugar del enfrentamiento tradicional entre, por un lado, los partidos socialdemócratas sosteniendo la pro-

puesta de mayor expansión del rol del Estado y, por el otro, los partidos conservadores pregonando las ventajas de la economía de mercado e intentando amortiguar el estatismo, las contiendas electorales se han convertido en concursos de belleza entre los líderes de partidos burócraticos, caracterizados por diferencias programáticas mínimas y un objetivo común: el control del Estado, es decir, el gerenciamiento del poder. Un consenso neoliberal ha hecho tabla rasa en el mundo capitalista avanzado y ha reemplazado el consenso socialdemócrata de los comienzos del periodo de posguerra.

Además de las implicancias políticas, el consenso neoliberal tiene importantes implicancias en los niveles social, ideológico, cultural y por supuesto económico. Comenzando con el plano económico, el nuevo consenso no implica que el Estado ya no tiene un rol económico que jugar. No se debe confundir liberalismo/neoliberalismo con *laissez-faire*. Como mencioné antes, fue el Estado mismo el que creó el sistema de mercados autorregulados. Más aún, alguna forma de intervención estatal ha sido siempre necesaria para el funcionamiento suave del sistema de la economía de mercados. El Estado es llamado hoy a jugar un rol crucial con respecto al lado proveedor de la economía y, en particular, a tomar medidas que mejoren la competitividad, a entrenar la fuerza de trabajo a los requerimientos de las nuevas tecnologías, aún subsidiar (directa o indirectamente) a las industrias exportadoras. Entonces, el tipo de intervención estatal que es compatible con el proceso de mercantilización, no sólo no es desalentada sino, en cambio, es activamente promovida por el consenso neoliberal, especialmente por los elementos 'progresistas' dentro de él (la administración Clinton, los partidos socialdemócratas europeos). Luego, no es cierto que el consenso neoliberal haya eliminado la herencia del consenso socialdemócrata, es decir, la economía mixta, como se supone habitualmente. En efecto, hizo algo peor. Redefinió el contenido de la economía mixta de modo que pueda servir mejor a los intereses de la élite económica y reproducir, en los umbrales del siglo XXI, similares condiciones de desigualdad e injusticia social a las que prevalecieron en los comienzos del siglo XIX!

En el plano social, el objetivo explícito del consenso socialdemócrata, la 'nación', está siendo reemplazado por el objetivo implícito del consenso neoliberal, el '40% de la sociedad'. El propósito neoliberal está asociado con el temor al desempleo y la incertidumbre sobre la capacidad de cubrir adecuadamente las necesidades básicas (salud, educación y vivienda). Esta incertidumbre ha contribuido significativamente al refugio de las corrientes radicales dentro del movimiento feminista, la retirada de los estudiantes de la vida pública, el debilitamiento del trabajo de militancia, etc. Al mismo tiempo, la esperanza invertida en el movimiento Verde ya se ha apagado debido a que las tendencias dominantes en él no desafían las instituciones fundamentales de la economía de mercado sino que, en cambio, o bien adopta la ideología socialdemócrata de fortalecer la sociedad civil y acude al ambientalismo (Europeo), o en cambio se vuelca al irracionalismo y al misticismo (EEUU). Como consecuencia, el status de las estructuras y las instituciones jerárquicas, que fuera combatido en la era del consenso socialdemócrata está ahora nuevamente realizado aunque nunca fue restablecido. Aún, en consideración al alcance del nuevo consenso, hay unas diferencias significativas en relación con el alcance del consenso socialdemócrata. Así, mientras que este último por lo general confía en el acuerdo explícito del capital y los sindicatos, y frecuentemente toma la característica de un acuerdo social amplio, el consenso neoliberal es, por lo general, explícitamente adoptado sólo por la clase alta y la mayoría de '40% de la sociedad' (que se beneficia directamente con él) y nunca toma las características de un acuerdo social amplio.

En el plano cultural, la mercantilización de la cultura y la reciente liberalización y desregulación de los mercados, ha contribuido significativamente a la actual

homogeneización cultural, con las comunidades tradicionales y sus culturas desapareciendo en todo el mundo y la gente convertida en consumidores de una cultura de masas producida en los países capitalistas avanzados y particularmente en los EEUU. En la industria del cine, por ejemplo, aún los países europeos con un fuerte trasfondo cultural y economías desarrolladas, han renunciado a sus propias culturas cinematográficas incapaces de competir con la mucho más competitiva industria norteamericana. Así, a comienzos de la década de 1990, la participación norteamericana en el cine ascendía al 73% del mercado europeo. Indicativo del grado de concentración del poder cultural en las manos de unas pocas corporaciones norteamericanas es el hecho de que, en 1991 un puñado de distribuidores norteamericanos controlaba el 66% del total de las entradas y el 70% del total del alquiler de videos en Gran Bretaña⁸⁹.

En efecto, el reciente surgimiento de una especie de nacionalismo 'cultural' en muchas partes del mundo representa un intento desesperado de mantener una identidad cultural de cara a la homogeneización del mercado. Pero el nacionalismo cultural está desprovisto de todo significado real en un entorno electrónico donde el 75% del flujo de las comunicaciones internacionales, está controlado por un pequeño número de multinacionales⁹⁰. En otras palabras, el imperialismo cultural hoy, no necesita como en el pasado una diplomacia cañonera para integrar y absorber las diversas culturas. La mercantilización del flujo de comunicaciones ya ha establecido las condiciones para la degradación de la diversidad cultural en una clase de diferenciación superficial de tipo folklórico.

Finalmente, en el plano ideológico, el consenso neoliberal es dominante. La tradición conservadora liberal en las ciencias sociales, particularmente en la economía, ha vuelto a convertirse en la ortodoxia -luego de un breve intervalo histórico durante el que prevalecieron la ideas estatistas Keynesianas. Los científicos sociales han adoptado en masa el 'paradigma del mercado' liberal, en tanto que la mayoría de los ex marxistas, luego del colapso del socialismo real, han adoptado varias formas de 'social-liberalismo' que es completamente compatible con el consenso neoliberal. Igualmente compatible con el consenso neoliberal es el movimiento posmodernista que, como se muestra en el Capítulo 8, al asignar igual valor a todas las tradiciones de organizaciones sociales acaba refugiándose en el conformismo y aceptando implícitamente (sino explícitamente) la mercantilización de la sociedad.

La economía de mercado internacionalizada

El efecto combinado de factores 'objetivos' (económicos y tecnológicos) guiando hacia una mayor mercantilización y las políticas neoliberales de liberación de los mercados, fue que la internacionalización de la economía de mercado se aceleró marcadamente desde la década de 1970. Así, en lo que concierne a los mercados de mercancías, el grado de dependencia de la economías de crecimiento, del crecimiento de las exportaciones, ha aumentado significativamente desde los 70s. En los países capitalistas avanzados, la tasa media anual de crecimiento de las exportaciones fue 1,8 veces mayor que la del PBI durante el período 1970-93 contra 1,6 en el período 1960-70.⁹¹ No hay que sorprenderse de que en sólo 20 años, la relación entre exportaciones mundiales y PBI ha crecido un 50% (de 14% en 1970 a 21% en 1992) y en EEUU, la más grande economía de mercado, esta relación se ha casi duplicado en el mismo período -de 6% a 11%- y es actualmente más alta que en Japón.⁹² Asimismo, la protección de los mercados domésticos de mercancías ha sido casi eliminada dentro de los dos mayores bloques económicos (la Unión Europea y Norte América -NAFTA) y pronto será quitada en todo el mundo, luego de la implementación del nuevo acuerdo del GATT. El resultado inevitable de estos procesos ha sido que la tasa de crecimiento media anual

de importaciones en el G7 creció el 41% entre el período 1965-80 y el período 1980-93 (de 3,9% en el primero a 5,5% en el segundo)⁹³ y como consecuencia, la penetración de importaciones en las mayores economías europeas creció por sobre el 60% entre comienzos de los 70s y fines de la década de 1980.⁹⁴

Asimismo, en lo que concierne a los mercados de capitales, la abolición neoliberal del control de cambios y las restricciones al movimiento de capitales tuvo un influencia decisiva en la internacionalización de la economía de mercado. En efecto, de acuerdo con algunos observadores, la reciente alza significativa de las inversiones extranjeras directas estableció una nueva tendencia donde las inversiones tienden a desplazar al comercio como fuerza motriz de la integración internacional.⁹⁵ Así, las inversiones extranjeras directas como proporción de los PBI de los países capitalistas avanzados, se ha casi duplicado en 20 años y ahora se mantiene en más del 10%.⁹⁶

Como siempre, los movimientos de capitales por plazos breves pueden ser aún más importantes con respecto a la pérdida de la soberanía económica de los Estado-nación. Ha sido estimado que por día, un billón de dólares cambia de manos en los mercados de moneda extranjera en el mundo y que sólo alrededor del 5% de estos negocios están vinculados con el comercio exterior mientras que el resto son meramente especulativos.⁹⁷ A comienzo de la década de 1970 alrededor del 90% del movimiento de capitales estaba vinculado a inversiones y comercio y sólo el 10% era especulativo. Este factor, solo, puede constituir un serio obstáculo para la viabilidad de la economía de crecimiento como sugirió Paul Volcker, anterior jefe de reserva Federal, cuando atribuyó la caída de, aproximadamente, 50% de las tasas de crecimiento desde comienzos de la década de 1970 al inmenso crecimiento de la especulación monetaria.⁹⁸

Pero, aun si se acepta el argumento contrario, de que los flujos de capitales de plazos breves 'principalmente redistribuyen el éxito y el fracaso alrededor del sistema y agregan poco a la capacidad estructural de las economías de generar crecimiento agregado',⁹⁹ no puede discutirse que la inmensa expansión de tales movimientos de capitales ha hecho imposible para cualquier Estado-nación (y aún para un bloque económico) introducir de modo independiente cualquier control social efectivo sobre los mercados. Si tomamos en consideración el alza gigantesca de los préstamos internacionales que se realizan en los mercados de capitales internacionales desde los movimientos liberalizadores de la década de 1970,¹⁰⁰ y el crecimiento significativo de la penetración extranjera en los mercados de bonos de los gobiernos nacionales centrales,¹⁰¹ resulta obvio que ningún gobierno nacional hoy día puede seguir políticas económicas que desapruében los mercados de capitales, que tienen el poder de crear una presión económica intolerable sobre la capacidad de endeudamiento, el valor de la moneda y los flujos de inversiones del respectivo país. Si suponemos, por ejemplo, que un partido socialdemócrata adopta, contra la tendencia, políticas expansivas a fin de reducir el desempleo, puede demostrarse fácilmente que en condiciones de libre movilidad de los capitales 'podrían ocurrir muy grandes depreciaciones'.¹⁰² Así, el abandono de los controles ha conducido a una situación donde 'todos los países occidentales han descubierto que sin controles al capital se arriesgan al vuelo de los capitales y a un repentino aumento de las tasas de interés'.¹⁰³

La creciente pérdida de soberanía económica que los Estados-nación enfrentan en la economía de mercado internacionalizada se ve también reflejada en la creación de enormes bloques económicos, dentro de un contexto en el cual el rol económico de los Estados-nación individuales está siendo degradado progresivamente a favor de instituciones supranacionales. Esto se aplica, en particular, con respecto a la Unión Europea, donde el proceso correspondiente ya ha comenzado. Pero esto también se aplica, en alguna medida, con respecto al Acuerdo Norteamericano de libre comercio (NAFTA).

Cada uno de estos bloques tiene su carozo (Alemania, EEUU), un número de países metropolitanos en algún grado de dependencia con respecto al país central (Canadá, Francia, Gran Bretaña, Italia, etc.) y finalmente su periferia (México, la Europa mediterránea). Más aún, al momento presente tienen lugar movimientos significativos para la afirmación de nuevos bloques económicos fuera de las asociaciones regionales existentes. Se puede mencionar la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), el Mercado Común del Cono Sur de América latina (MERCOSUR) y la Zona de Cooperación Económica de Asia-Pacífico (APEC) -que planea una enorme zona de libre comercio a través del Pacífico para el 2020.

En efecto, el mismo propósito económico que acarreó el surgimiento del consenso neoliberal condujo a la creación de estos bloques. El propósito básico es el mejoramiento de la competitividad de las divisiones de capital asentado en cada bloque. Se espera que este mejoramiento provenga principalmente del crecimiento de las dimensiones del mercado de productos y, en particular, del hecho de que cuanto más grande sea el tamaño más fácilmente produce mejoras en la productividad debido a la posibilidad de compartir recursos en investigación y desarrollo; sin embargo, una vez que la integración ha trascendido el mercado de productos para incluir mercados de capital y trabajo, como en el caso de la Unión Europea, la ventaja de formar bloques económicos se torna aún más significativa. En este caso, un bloque económico crea oportunidades adicionales para rebajar los costos de producción, especialmente los costos del trabajo, debido a la posibilidad de un mayor movimiento de trabajadores y capital. Esto es así porque -al revés de lo que sugiere la teoría económica ortodoxa- ni el libre comercio, ni la movilidad de capitales y trabajo, eliminan las diferencias salariales. Por ejemplo, en la Unión Europea a fines de la década de 1980, a pesar de las condiciones de libre comercio, movilidad de capitales y un relativamente libre movimiento de trabajadores, el costo medio bruto de la hora de trabajo de los trabajadores industriales (en términos de poder de compra) en la periferia (Grecia y Portugal) eran aún la mitad del costo de la hora en los países centrales¹⁰⁴, sin señales de algún cierre significativo de la brecha.¹⁰⁵ En su lugar, la movilidad de capitales crea oportunidades de intervenir en áreas de bajo costo mientras que la movilidad del trabajo presiona sobre los salarios en los países de altos ingresos. Indudablemente, si la integración dentro del ajustado marco de los Estados-nación se ha mostrado incapaz de eliminar las fuertes diferencias regionales, que aun persisten, luego de décadas de vigencia de los Estados (el ingreso de las regiones más ricas en Francia, Bélgica, España, Alemania y los Países Bajos es el doble que en sus regiones más pobres, mientras que en Italia es de 2,5 veces mayor¹⁰⁶), puede fácilmente imaginarse un efecto semejante de integración en el marco de un bloque supranacional mucho más débilmente conectado.

En Europa, en particular, la completa liberalización del mercado de productos en el bloque de la Unión Europea, combinado con la liberalización de los mercados de trabajo y dinero, crean una vasta área económica donde un sistema automático similar al del Patrón Oro, podría ahora funcionar exitosamente. Indudablemente, éste es el propósito principal detrás de la Unión Monetaria Europea (UME). Si sustituimos el 'euro', la proyectada moneda común de la Unión Europea, por oro, Europa operará bajo un sistema de 'Patrón Oro' contemporáneo una vez que se haya completado la UME. La razón por la cual semejante sistema se halla hoy en mejores condiciones para funcionar más exitosamente que en el pasado, es que el factor fundamental que condujo al colapso del Patrón Oro ha sido eliminado, eso es, las varias restricciones en los mercados de bienes, trabajo y capitales que le introdujeron diversos grados de 'inflexibilidad'. Tales restricciones, como hemos visto, representaban mecanismos de autoprotección de la sociedad contra la mercantilización y casi condujeron al colapso

de la misma economía de mercado. Desde que el consenso neoliberal eliminó la mayoría de estas restricciones, se ha creado una oportunidad histórica para completar el proceso de mercantilización. La fase internacionalizada (neoliberal) tiene en consecuencia muchas más chances de éxito que la primera fase (liberal). Por supuesto, hay que pagar un precio: la aceleración de la mercantilización en países como la Gran Bretaña de Thatcher ha conducido a un dramático crecimiento de la desigualdad y se puede esperar que exactamente lo mismo pase en el nivel de los bloques, como también confirman algunos estudios recientes,¹⁰⁷ cuando los países capitalistas avanzados compartan una moneda y un banco central comunes con los semiperiféricos.

Con una mirada tras el escenario, resulta obvio entonces que Polanyi se equivocaba al pensar que el ascenso del estatismo en la década de 1930 era una evidencia del carácter utópico de los mercados autorregulados y de la existencia de un 'proceso social subterráneo'¹⁰⁸ que lleva a las sociedades a tomar el control de sus economías de mercado. En efecto, el estatismo probó ser un interludio relativamente breve en el proceso de mercantilización. En este sentido, el estatismo fue un fenómeno de transición vinculado a la caída del primer intento de crear un sistema basado en una economía de mercado autorregulada. Este fracaso no fue debido al carácter supuestamente utópico de la mercantilización de la sociedad, como pensó Polanyi, sino al hecho de que las condiciones objetivas para completar este proceso no habían sido creadas aún durante la primera fase de la mercantilización en el siglo XIX.

Por otro lado, hoy, las cuatro instituciones en las cuales, de acuerdo con Polanyi, se asentó el primer intento de un sistema social basado en un mercado autorregulado, han sido restauradas. En consecuencia:

- *El mercado autorregulado*, que a comienzos del siglo XX se desintegró (por las razones examinadas antes) guiando al colapso el primer intento de un sistema basado en una economía globalizada de mercado, está hoy aún más avanzado que antes en la historia. Esto es debido al presente grado de libertad que disfrutaron los mercados de capitales y productos, al retroceso del estatismo en todos lados y al realce universal de los mercados flexibles para productos, trabajo y capital. En otras palabras, este es el resultado del presente grado de mercantilización de la economía, en el sentido de despojarse de todos los controles sociales sobre los mercados, que no fueran compatibles con los intereses de los que controlan la economía.
- *El sistema de equilibrio de poder*, que colapsó durante la fase estatista, está hoy siendo restablecido dentro del marco de unas Naciones Unidas controladas por los mayores países capitalistas y la latinoamericanización de Rusia que dio a los Estados Unidos un status exclusivo de superpotencia.
- *El Estado liberal*, una creación del mercado autorregulado que, durante la fase estatista de mercantilización también colapsó en diversas partes del mundo, tanto en el norte como en el Sur, es actualmente omnipresente; y, finalmente
- *El Patrón Oro internacional*, que no pudo sobrevivir a la destrucción del mercado autorregulado, está hoy en proceso de restablecimiento y una versión suya podría razonablemente estar instalada para comienzos del siglo XXI. Así, el establecimiento proyectado dentro de los próximos diez años de una clase de mecanismo europeo de Patrón Oro, en forma de una moneda común, debería esperarse que induzca, inicialmente, movimientos para la fijación de alguna forma de paridad entre las tres monedas más importantes (euro, dólar y yen) que al fin dará lógicamente como resultado una nueva versión global del sistema Patrón Oro, es decir un sistema monetario global y posiblemente una única moneda en el nuevo espacio económico interconectado que unificaría las zonas más ricas del mundo.

En conclusión, es obvio que el ascenso del neoliberalismo no es un fenómeno coyuntural, como lo presentan los socialdemócratas, sino que representa la terminación del proceso de mercantilización que fue interrumpido por el ascenso del estatismo. Más aún, el quiebre del socialismo real en el este y el colapso de la socialdemocracia en el Oeste -como resultado principalmente de la merma de su clientela electoral- han creado las condiciones políticas para completar el proceso de mercantilización. Así, el hecho de que las políticas neoliberales estén hoy sostenidas por los partidos conservadores y socialdemócratas, en el gobierno o en la oposición, y que los elementos básicos del neoliberalismo hayan sido incorporados en la estrategia de las instituciones internacionales que controlan la economía mundial (FMI, Banco Mundial), así como en los tratados que han reformado recientemente a la Unión Europea (Acta de Mercado Único, Tratado de Maastricht), muestra plenamente que estamos enfrentados a un nuevo consenso fundado en la fase neoliberal de la mercantilización. Éste es un consenso que ha reemplazado al acabado consenso socialdemócrata y que refleja los cambios radicales de estructuras llevados a cabo por el desarrollo de la economía internacionalizada de mercado.

La internacionalización y el Estado-nación

¿Internacionalización o globalización?

Un tema de discusión reciente se refiere a la pregunta de si lo que enfrentamos hoy es la internacionalización de la economía de mercado o, alternativamente, su globalización. Este es un tema muy importante ya que, como veremos, toda la posición social liberal de que el Estado puede aún jugar un rol significativo en el control de la economía contradice la tesis de la globalización.

Primero, debemos trazar una línea clara entre la situación de internacionalización, como se la interpreta en este libro, y la de globalización. La internacionalización, en este libro, se refiere a la situación en que los mercados devienen internacionalizados y, como resultado de las políticas económicas de los gobiernos nacionales y la reproducción de la economía de crecimiento misma, resultan condicionados por el movimiento de mercancías y capital a través de las fronteras. Por otro lado, globalización se refiere al caso en que la producción misma deviene internacionalizada, en el sentido de que las unidades de producción se tornan cuerpos sin Estado operando en un mundo sin fronteras, con actividades que no apuntan primariamente al país que es su base nacional, e involucran una división interna de trabajo que abarca varios países. Nuestra tesis es que, aunque la globalización en el sentido anterior está limitada, esto no contradice el argumento de que la internacionalización acelerada, en combinación con el fin del estatismo, representa un cambio estructural -como se argumentó previamente- antes que un fenómeno apenas coyuntural.

El principal objetivo de las élites que controlan hoy la economía de mercado es, como ha sido siempre, maximizar el rol del mercado y minimizar los controles sociales sobre él, de modo de asegurar máxima 'eficiencia' y crecimiento. En consecuencia, los controles sociales en el sentido estricto están universalmente desfasados. Lo mismo se aplica a algunos controles sociales significativos (en sentido amplio) como control de importaciones, aranceles, etc que han sido también desechados por estorbar la expansión de la actual economía de mercado internacionalizada presente. Sin embargo, esto no significa la eliminación de todos los controles sobre los mercados. No sólo se mantienen controles 'regulatorios' y aún se los amplía en algunos casos, sino que también se han mantenido algunos controles sociales. Ejemplos de controles sociales (en el sentido amplio) sobre

los actuales mercados son la 'nuevas barreras proteccionistas' no arancelarias tales como restricción a las exportaciones, pautas para ordenar los mercados, especialmente en aceros, textiles y automotores que son implementados por muchos sectores industriales en los países capitalistas avanzados.¹⁰⁹ En efecto, las diversas medidas tomadas por los países capitalistas avanzados (habitualmente para subsidiar sus exportaciones), ha privado al Sur de medio billón de dólares por año de acuerdo con datos de la Naciones Unidas.¹¹⁰ Asimismo, considerando los controles sociales en el sentido estricto, aunque el Estado de bienestar ha sido básicamente librado a su caída, algunas 'redes de seguridad' se mantienen en los países capitalistas avanzados para contrarrestar la inquietud masiva. Sin embargo, las redes de seguridad que apuntan a categorías específicas de gente (muy pobres, etc.) no sólo implican la eliminación de las características básicas del Estado de bienestar y su universalidad sino, también, la institucionalización de la pobreza.

De este modo, la forma neoliberal actual de la economía de mercado internacionalizada puede ser vista como la finalización del ciclo que comenzó en el siglo pasado cuando se intentó implantar su versión liberal. Así, luego del colapso del primer intento de introducir un sistema económico autorregulado, hoy se intenta una nueva síntesis. La nueva síntesis se propone evitar los extremos del liberalismo puro combinando, esencialmente, mercados autorregulados con diversos tipos de redes de seguridad y control que aseguren, en primer lugar, la posición privilegiada de la 'supraclase' y en segundo lugar, la del '40% de la sociedad' así como la mera subsistencia de la 'subclase', sin afectar en su esencia el proceso de autorregulación. Consecuentemente, el Estado-nación tiene aún un rol significativo que cumplir no sólo en asegurar, a través del monopolio de la violencia, el marco de la economía de mercado sino también mantener la infraestructura para suavizar el funcionamiento de la economía neoliberal.

Como siempre, los sostenedores del liberalismo-social asignan un rol (potencial) mucho más importante al Estado-nación. Un ejemplo muy reciente es el estudio de Paul Hirst y Grahame Thompson¹¹¹ quienes analizan competentemente el significado de la continuidad del Estado-nación en el marco de la economía de mercado internacionalizada neoliberal. Aunque el propósito explícito de los autores es contradecir la tesis de la globalización, habitualmente transmitida por la Derecha nacionalista, su estudio representa, en efecto, un argumento a favor de la clase de políticas y estrategias sugeridas hoy por la 'sociedad civil de izquierda'. Su argumento puede resumirse como sigue:

1. La economía altamente internacionalizada de hoy no carece de antecedentes y en cierto sentido es menos abierta e integrada que el régimen que prevaleció de 1870 a 1914.
2. Corporaciones genuinamente transnacionales resultan relativamente raras ya que la mayor parte de las compañías tienen base nacional.
3. La economía global no es hoy genuinamente global ya que el comercio, las inversiones extranjeras directas y los flujos financieros están concentrados en los 'países de la Tríada', es decir los países en las tres mayores regiones económicas (Norte América, la Unión Europea y Japón).
4. En consecuencia, los mayores poderes económicos 'tienen capacidad de ejercer poderosas presiones gubernamentales sobre los mercados financieros y otras tendencias económicas. Los mercados globales no están de ningún modo más allá de la regulación y el control'.¹¹²

Es obvio que ninguno de los argumentos anteriores, aparte quizás del primero, desafía la tesis adelantada en este libro acerca de la presente internacionalización de la

economía neoliberal de mercado. Claramente, la tesis de la internacionalización propuesta en este libro no depende de las corporaciones transnacionales sin Estado y sin frontera como suponen los globalizadores. Como se argumentó antes, una base nacional es todavía muy útil a las corporaciones transnacionales (CTN) para ganar ventajas sobre los competidores, y este hecho es perfectamente compatible con la mercantilización acelerada de la economía. En efecto, la tesis sustentada aquí en relación a la importancia de las CTN, con respecto a la internacionalización, es muy similar al argumento expuesto por Susan Strange, 'No es el fenómeno de la corporación transnacional lo que es nuevo sino el equilibrio diferente entre las firmas que sólo trabajan para el mercado local, o doméstico, y aquellas que trabajan para un mercado global y en parte producen en países distintos a su casa local de origen'.¹¹³

La tesis de la mercantilización presentada aquí no implica la eliminación del rol regulatorio del Estado, sólo permite su desaparición física a nivel político. Lo que esto implica es la pérdida de la soberanía económica del Estado en el último cuarto de siglo aproximadamente. En efecto, los autores mismos admiten esto cuando ellos bautizan como 'radical' aún el objetivo de pleno empleo en los países avanzados,¹¹⁴ a pesar de que éste acostumbraba ser el principal objetivo de la socialdemocracia durante el periodo del consenso socialdemócrata. Es, en consecuencia, claro que cuando los autores sostienen que 'lejos de que el Estado-nación haya sido destruido por el proceso de internacionalización, este proceso fortaleció la importancia del Estado-nación en muchas formas',¹¹⁵ lo que ellos tienen en mente no son los controles sociales en el sentido estricto, ni siquiera los controles sociales en sentido amplio, sino principalmente lo que llamamos controles regulatorios.¹¹⁶ Su suposición implícita es obvia: la reproducción y estabilidad de la economía de mercado y su vástago, la economía de crecimiento, mediante el 'efecto de derrame hacia abajo' ayudará a los grupos sociales más pobres.

Es digno de atención que aún cuando los autores se refieren a la posibilidad de una 'nueva versión' policéntrica de la economía mixta para alcanzar logros 'ambiciosos' (como 'promover el empleo'), la única condición que ellos mencionan para ello es 'una política sumamente coordinada por parte de los miembros de la Tríada'.¹¹⁷ Sin embargo, lo que los autores no explican es por qué las élites que controlan la Tríada se embarcarían en políticas destinadas a crear una nueva economía mixta global. En efecto, el único argumento que esgrimen para sostener esta situación es la vieja tesis del subconsumo, es decir, que la reproducción de la economía de crecimiento no es viable en el marco de una alta desigualdad, que inevitablemente conduce a una baja demanda.¹¹⁸ Así, los autores parecen ignorar que en tanto que el '40% de la sociedad' expanda su consumo no hay problema para que la economía de crecimiento se reproduzca - como lo ha hecho en el pasado. Más aún, el asunto de si una economía mixta es posible hoy por completo, es también ignorado por los autores que presumiblemente creen que ¡todo consiste en persuadir a las élites de la Tríada (mediante alguna forma de presión 'desde abajo') para que la adopten!

Debería, en consecuencia, quedar claro que la internacionalización, como es interpretada en este libro, no presupone una economía global genuina, ni la ausencia de la Tríada. En su lugar, la importancia económica de la Tríada es reconocida explícitamente y el grado actual de apertura implica que los controles sociales en las economías de mercado de la Tríada misma, deben ser homogeneizados. Como esta homogeneización en un marco competitivo está basada en el principio del 'mínimo común denominador' y dada la presente disparidad de controles sociales en los países de la Tríada, cualquier idea de que la introducción de controles sociales efectivos (iniciados por los Estados o por la 'sociedad civil') es aún posible, se torna sin sentido.

El estudio de Hirst y Thompson, partiendo de un análisis a-histórico de la economía mundial actual, supone que la economía internacionalizada neoliberal presente es un fenómeno coyuntural antes que un cambio estructural¹¹⁹ e intenta descartar la tesis de los 'globalizadores' de que la economía de mercado es hoy ingobernable. Sin embargo, que la economía de mercado es gobernable, en el sentido estrecho de regulación, es un hecho obvio para cualquiera, excluyendo quizás a algunos 'globalizadores' extremos. El asunto real es si el Estado-nación es aún capaz, en una economía de mercado internacionalizada, de imponer controles sociales efectivos para proteger a los hombres y a la naturaleza o si, en cambio, tales controles ya no son más posibles a nivel del Estado-nación o aún a nivel del bloque económico (Unión Europea o NAFTA). Si se acepta la tesis de la no factibilidad, entonces, la posibilidad de controles sólo existe en el nivel global. Pero ésta es apenas una posibilidad teórica que ignora la dinámica histórica de la economía de mercado y las estructuras de poder político y económico, resultantes.

En consideración a los argumentos del autor de que el presente grado de apertura de la economía de mercado no es un nuevo desarrollo, debería estar claro que si la economía internacionalizada de mercado de hoy fuera vista en su perspectiva histórica, como este libro intenta hacer, entonces, el actual grado de apertura no es, seguramente, un nuevo fenómeno sino meramente la última etapa en un proceso histórico que se inició hace dos siglos. En consecuencia, el punto no es si la economía neoliberal internacionalizada es más o menos abierta e integrada que la liberal, sino si tiene mayores chances de éxito, que el primer fracasado intento, de crear una economía autorregulada, internacionalizada, de mercado.

Aún, aunque es verdad que el presente grado de apertura no es un fenómeno nuevo, la evidencia producida por Hirst y Thompson para sostener la postura de que el grado de apertura hoy es menor que a comienzos del siglo es altamente discutible.

El principal indicador que usan los autores para respaldar su posición, de una menor apertura hoy, es el grado de apertura comercial y financiera hacia el resto del mundo. Sin embargo, es sólo con respecto a la medida de la apertura comercial que podemos usar indicadores estadísticos confiables. Y este tipo de apertura, en contra de la evidencia presentada en este estudio, ha crecido significativamente en el periodo de posguerra. Así, la apertura comercial ha crecido en todos los países listados en la tabla 1.3 (excepto Japón) durante el periodo de posguerra -con un leve descenso en los 90's como resultado de la recesión en los mayores países capitalistas. Más aún, la apertura comercial en 1989 fue significativamente mayor en los cuatro mayores países comerciales (EEUU, Alemania, Gran Bretaña y Francia) que en 1913. Como estos cuatro países concentran aproximadamente tres cuartas partes del comercio que involucra a los seis países listados, es obvio que el alegato de Hirst y Thompson de que había mayor apertura en 1913 que hoy¹²⁰ (un reclamo que, curiosamente, se basa en datos de hasta 1973) es difícilmente corroborado por los hechos. Por otro lado, en relación a la apertura financiera que, de acuerdo a los datos proporcionados por el estudio, ha decrecido hoy en relación con 1913, se puede dudar seriamente de las medidas estadísticas empleadas para este propósito, que en el caso del país con mayores reservas de circulante, EEUU, conduce a resultados sin sentido.¹²¹

¿Debilitamiento del Estado-nación?

Como se argumentó antes, el Estado-nación, en contra del reclamo de los 'globalizadores', tiene aún un importante rol que cumplir en la economía neoliberal internacionalizada. Sin embargo, este rol no involucra ya más la ejecución de controles sociales para

Tabla 1.3: Apertura¹ comercial en los países capitalistas avanzados

	1913	1950	1973	1979	1989	1993
Francia	35,4	21,2	29,0	35,9	38,0	32,7
Alemania	35,1	20,1	35,2	43,0	51,2	38,2
Japón	31,4	16,9	18,3	21,9	17,1	14,3
Holanda	103,6	70,2	80,1	87,9	95,5	86,1
Reino Unido	44,7	36,0	39,3	48,3	48,7	47,3
EEUU	11,2	7,0	10,5	15,7	16,3	17,1

1. Razón de comercio de mercancías (combinación de exportaciones e importaciones) a PBI a precios actuales.

Fuente: Paul Hirst y Grahame Thompson, *Globalization in Question*, Tabla 2.5 (para los años 1913, 1950 and 1973) y estimaciones basadas en el informe del Banco Mundial *World Development Record* (varios años) para los años 1979, 1989 y 1993.

proteger a la sociedad del mercado. El rol del Estado hoy está exclusivamente relacionado con asegurar la reproducción de la economía de mercado mediante el monopolio del uso de la violencia y con crear el marco estable para el funcionamiento eficiente de los mercados. Así, del mismo modo que en la primera etapa de la mercantilización, cuando la economía de mercado era básicamente nacional, al Estado-nación le fue asignado el rol de hacer cumplir -mediante el monopolio de la violencia- las reglas del mercado. En la economía de mercado internacionalizada de hoy este rol le es asignado al Estado al igual que a organizaciones como la OTAN, una ONU controlada por los capitalistas, etc. Una clara indicación del nuevo orden mundial y de los medios que emplea para hacer cumplir las reglas de los mercados internacionalizados fue dada por la guerra del Golfo.¹²²

Así, en la economía internacionalizada neoliberal, el viejo sistema de Westfalia de soberanía de los Estados-nación es reemplazado por un sistema multi-nivel de entidades político-económicas: micro-regiones, Estados tradicionales y macro-regiones con instituciones de mayor o menor alcance funcional y autoridad formal y con ciudades mundiales convirtiéndose en los teclados de la economía global.¹²³ De este modo, la elección crucial hoy no es, como en el pasado, internacionalismo versus nacionalismo. La cuestión real es qué forma de asociación entre la gente puede proveer el marco institucional para la autonomía política, económica, social y cultural. La situación europea provee un ejemplo muy interesante de las tendencias emergentes en la economía de mercado internacionalizada presente.

En Europa del Este, donde el proceso de mercantilización fue violentamente interrumpido por el advenimiento del 'socialismo real', el Estado juega hoy el mismo rol que jugó en Europa Occidental en el siglo pasado, cuando fue involucrado en el proceso de establecer el sistema de libre mercado. Bajo estas condiciones, el rol del Estado-nación es crítico y, este hecho, podría ser un factor significativo en la explicación de la mucho más fuerte influencia del nacionalismo en estos países, particularmente en Rusia.

En Europa Occidental hay un movimiento hacia un Estado federal supranacional, que refleja el hecho de que los países del carozo de la Unión Europea ya han entrado en la etapa superior del proceso de mercantilización. La realidad es que Europa Occidental está en un período de transición que es, sin embargo, cualitativamente distinto que

del Este. Los conflictos políticos actuales en relación a la futura organización de la integración Europea surgen de la contradicción fundamental indicada por el hecho de que la estructura económica de cada Estado-nación ya ha sido internacionalizada mientras que la estructura política, formalmente al menos, aún sigue las orientaciones del Estado-nación. Las propuestas principales para la integración europea, dejando de lado las que son simples variaciones de estas propuestas, como la propuesta de la corriente de los Verdes para una 'Europa de regiones', pueden ser clasificadas como sigue:

- a) **La propuesta de una comunidad de Estados-naciones:** Ésta es sostenida por el ala derecha europea, desde el nacionalismo extremo de Le Pen en Francia hasta los nacionalistas thatcheristas en Gran Bretaña. Su propósito es la continuación del Estado-nación dentro del marco de un mercado 'doméstico' más grande. Los sostenedores de esta propuesta son obviamente incapaces de ver que la transición actual hacia una nueva fase en el proceso de mercantilización ha creado una incompatibilidad fundamental entre la estructura política del Estado-nación que caracterizó fases más tempranas del proceso de mercantilización, y la estructura económica internacionalizada presente.
- b) **La propuesta de una confederación de Estados socialistas:** Ésta es sostenida por socialistas que han permanecido fuera de la Izquierda 'modernizada' y aún creen que el viejo ideal socialista de justicia social es completamente incompatible con el marco institucional de la Europa naciente.¹²⁴ De acuerdo con este punto de vista, bajo las condiciones de internacionalización de hoy, una confederación de Estados, en otras palabras una forma de aliviar la concentración de poder político, es la única manera de unificación que permite la continuidad a nivel europeo del Estado de bienestar y del compromiso de pleno empleo, sin sacrificar la autonomía nacional. Aún, esta propuesta no toma en cuenta la evidencia histórica que muestra concluyentemente que el intento de concentrar el poder político, a fin de reducir la concentración del poder económico del mercado (socialdemocracia en el Oeste) o eliminarlo del todo (socialismo real en el Este), ha demostrado ser fútil y totalitario, respectivamente. En otras palabras, los que sostienen esta propuesta no pueden ver que la respuesta a la concentración de poder económico no es una concentración opuesta de poder político, sino una dispersión radical de ambas. Asimismo, como esta propuesta identifica crecimiento con progreso, no toma en consideración la interdependencia entre la concentración de poder económico y el crecimiento, que ha llevado a la ruptura actual entre sociedad y naturaleza.
- c) **La propuesta de una federación Europea:** Ésta es sostenida por los representantes políticos del consenso neoliberal, es decir, por los partidos liberal y socialdemócrata. Su propósito es la federación de los Estados actuales y la concentración del poder político y económico en las manos de los órganos federales (la Comisión Europea, el Parlamento Europeo, el Banco Central Europeo, etc.). Aunque esta propuesta es más realista que la propuesta de la comunidad de naciones, debería señalarse que adopta completamente la dinámica del 'crecer o morir' de la economía de mercado. En efecto, el único propósito de los liberales que defienden esta propuesta es crear una estructura política que sea compatible con la estructura económica internacionalizada -en otras palabras crear las mejores condiciones posibles para la fortísima competencia con los otros bloques económicos. Por otro lado, los socialdemócratas (y aquellas corrientes Verdes que sostienen esta propuesta), ven en la federación el desarrollo de una forma de estatismo internacional, una sociedad civil europea que protegerá a la sociedad del mercado. Sin embargo, las mismas razones que condujeron a la caída del estatismo están vigentes para hacer

fracasar igualmente al estatismo internacional propuesto. El marco institucional que está siendo establecido por el Acta del Mercado Único y el Tratado de Maastricht incorpora claramente todos los principios fundamentales del consenso neoliberal.¹²⁵ En consecuencia, la dinámica del mercado asigna obviamente un carácter utópico a la retórica socialdemócrata acerca de la sociedad civil.

En vista de la resistencia a la propuesta por una Europa federal y las dificultades prácticas inherentes a satisfacer el criterio de convergencia del Tratado de Maastricht es posible que finalmente los miembros de la Unión Europea no puedan adoptar la solución totalmente federalista y puedan optar en cambio por un compromiso entre las propuestas (a) y (c). Es en consecuencia posible que al menos en el corto a medio plazo pueda ser adoptado un marco institucional que semi-internacionalice la estructura política europea para hacerla más compatible con su estructura económica internacionalizada.

¿Es éste el fin de la política (como nosotros la conocemos)?

La tendencia hacia la internacionalización acelerada de la economía de mercado ya ha llevado a un debate acerca del futuro de la política y la democracia. Aquellos que dan por garantizado el marco institucional actual de la economía de mercado y la 'democracia' liberal están divididos de acuerdo a sus lecturas de las tendencias futuras. Por un lado, están aquellos que sostienen la posición de que las tendencias presentes, a la larga, conducen al fin no sólo del Estado-nación sino también de la 'política' y la 'democracia' ya que estos términos están definidos dentro del marco institucional existente.¹²⁶ Por otro lado, están aquellos a la 'Izquierda' quienes, como vimos antes, intentan plantear que el Estado-nación es aún el mecanismo más apropiado para la reproducción de la economía de crecimiento y que el argumento sobre globalización está enormemente sobrevalorado.¹²⁷

Los sostenedores de la tesis del 'fin de la política' argumentan que el lugar natural para el bien común, la esfera política, sobre el cual se asentara la democracia liberal desaparece en la presente era de las redes. La política, lejos de ser el principio organizador de la vida, parece como 'una actividad secundaria, o más aún como una construcción artificial pobremente adaptada a la resolución de los problemas prácticos del mundo moderno'¹²⁸. Esto es debido a que hemos entrado en un período en el cual 'el golfo en medio de la nación es un locus de identidad y la nación misma como un locus de poder es formidable'.¹²⁹ Así el presente período lleva a una 'época imperial' en el doble sentido de que describe un mundo que está a la vez unificado y sin un centro y también en el sentido de que la nueva era

*está sucediendo al Estado-nación como el imperio romano sucedió a la república romana: la sociedad de los hombres ha devenido demasiado vasta para formar una entidad política. Sus ciudadanos constituyen cada vez menos una entidad capaz de expresar una soberanía colectiva; ellos son meros sujetos jurídicos, portadores de derechos y sujetos a obligaciones, en un espacio abstracto cuyos contornos territoriales se han tomado crecientemente vagos.*¹³⁰

Yo no tendría dificultad en aceptar la tesis anterior sobre el próximo fin de la 'política' y la 'democracia' teniendo en cuenta, sin embargo, que éstos términos son empleados en representación de las actuales artes de gobierno y oligarquía liberal que hoy pasan por política y democracia respectivamente. Como argumento en el Capítulo 5 la 'política' y la 'democracia' de hoy representan una distorsión flagrante del verdadero significado de estos términos y están indudablemente en proceso de ser

desplazados si no en forma, al menos en contenido. Exactamente como en el pasado la 'nacionalización' de los mercados condujo a la muerte de las comunidades, las ciudades libres y sus federaciones, se puede razonablemente esperar que la internacionalización de los mercados conduzca a la muerte de los Estados-nación y de las políticas nacionales. En efecto, aún si las actuales instituciones políticas sobreviven, en el futuro, ellas estarán desprovistas de todo verdadero contenido, remanente del pasado, constituyendo una formalidad simbólica similar a las monarquías existentes en algunos países escandinavos.

Pero, el hecho de que se pueda acordar con la hipótesis del fin del Estado-nación y el consecuente fin de la política y la democracia en sus acepciones corrientes no implica que se deba acordar también con las conclusiones de los sostenedores de esta hipótesis. En otras palabras, aunque es obvio que dentro del nuevo marco institucional no es posible ni política ni democracia plenas de contenido, esto no implica que la política o la democracia misma sean superfluas. Lo que es obviamente superfluo es el marco institucional que, sin embargo, tanto los sostenedores del Estado-nación como los que suponen su fin, ¡dan por garantizado!

Así, Jean-Marie Guehenno, luego de criticar toda la clase de estructura política que obedezca un principio territorial, incluyendo la forma federal, propone la 'construcción de "comunidades virtuales" que nos liberen de las restricciones de la geografía y de las estructuras políticas tradicionales que por largo tiempo han enmarcado nuestras acciones'.¹³¹ Pero, se puede contra-argumentar que no son posibles verdaderas políticas y democracia a menos que sean definidas dentro de un territorio específico que, como veremos en el capítulo 6 debe ser el área delimitada por la confederación de comunidades definidas geográficamente. Esto no significa localismo ni un retorno a primitivas formas de vida. Lo que esto significa es la creación de una *confederación de regiones autónomas* en los niveles nacional, continental y planetario. Esta propuesta parte de la convicción de que el único camino para asegurar la autonomía social e individual a nivel político, económico, social y cultural es volviendo a integrar sociedad y economía. En otras palabras, creando instituciones que puedan sustentar una democracia inclusiva (ver Capítulos 6 y 7).

Lo que diferencia la propuesta anterior, la confederación de regiones, de la propuesta que habitualmente plantean los Verdes de una 'Europa de regiones' o de la propuesta eco-socialista de 'regiones autónomas en el continente europeo unificado',¹³² no es que ella deja de lado la noción de Estado-nación sino que ella desecha el marco institucional que inevitablemente conduce a la separación de política y economía y a la consecuente concentración de poder en las manos de varias élites: la economía de mercado y la democracia liberal.

El verdadero hecho de que, al presente, diversas variantes de soluciones confederales atraen a ciertos 'movimientos regionalistas' en Europa occidental (de los flamencos a los lombardos y de los escoceses a los catalanes) no es, por supuesto, accidental. A pesar de que estos movimientos ven la solución confederal como la mejor manera de preservar su identidad cultural, expresan también aunque *en una forma distorsionada* la demanda de autonomía individual y social. La distorsión proviene del hecho de que la mercantilización de la sociedad ha socavado los valores de la comunidad, que históricamente marcaron la esencia de las comunidades (reciprocidad, solidaridad, cooperación) a favor de los valores de la economía de mercado (competencia, individualismo). Como resultado, la demanda de autonomía cultural no está hoy fundada en los valores de la comunidad sino en los del mercado, es decir, valores que impulsan tensiones y conflictos con otras comunidades culturales. En relación con esto, la explosión en Europa de corrientes neo-racistas es directamente dependiente de la efectiva

destrucción de los valores de la comunidad por el neoliberalismo, tanto como de la creciente desigualdad y pobreza que siguen al ascenso del consenso neoliberal.

El establecimiento de una democracia inclusiva no implica la desaparición automática de las tensiones culturales, que podría esperarse que persistieran por un largo período de tiempo luego del establecimiento de tal sociedad. Aún, se podría razonablemente suponer que una actitud de la sociedad hacia la concentración de poder involucraría un importante cambio cualitativo en las relaciones entre comunidades, similar al cambio esperado en las relaciones entre individuos -un cambio que debería conducir a la minimización de tensiones culturales.

En conclusión, el establecimiento de la economía de mercado y la forma estatista de 'democracia' ha conducido al vaciamiento y a tornar superfluos tanto la política como la democracia así como las conocemos. Más aún, el establecimiento de la economía de mercado ha conducido al surgimiento de la economía de crecimiento que, como veremos en los próximos tres capítulos, se encuentra en estado de crisis tanto en el norte como en el sur.

Notas

1. Ver, por ejemplo, Immanuel Wallerstein, *The Capitalist World Economy* (Cambridge, Massachusetts: Cambridge University Press, 1979), Cap. 1.
2. Para un ejemplo reciente, ver Robert Pollin, 'Financial structures and egalitarian economic policy', *New Left Review*, No. 214 (Nov.-Dic. 1995).
3. Karl Polanyi, *The Great Transformation, the Political and Economic Origins of Our Time* (Boston: Beacon Press, 1944/1957), pp. 43—4.
4. Polanyi, *The Great Transformation*, pp. 55—6.
5. Piotr Kropotkin, *Selected Writings on Anarchism and Revolution* (Cambridge, MA, and London: Massachusetts Institute of Technology, 1970), p. 231.
6. Polanyi, *The Great Transformation*, p. 71.
7. R.H. Lowie, citado en Polanyi, *The Great Transformation*, p. 270.
8. Para evidencias antropológicas, ver Polanyi, *The Great Transformation*, pp. 274—6.
9. Henri Pirenne, *Medieval Cities*, citado en Polanyi, *The Great Transformation*, p. 275.
10. Karl Marx y Friedrich Engels, *Selected Works* (Moscu: Progress Publishers, 1968), p. 293.
11. Murray Bookchin, *Urbanization Without Cities* (Montreal: Black Rose Press, 1992), p. 156.
12. Bookchin, *Urbanization Without Cities*, pp. 131—2.
13. Ernest Barker, citado en April Carter, *The Political Theory of Anarchism* (Londres: Routledge, 1971), p. 30.
14. Polanyi, *The Great Transformation*, p. 57.
15. Bookchin, *Urbanization Without Cities*, p. 201.
16. Bookchin, *Urbanization Without Cities*, p. 146.
17. Polanyi, *The Great Transformation*, pp. 63—5.
18. Kropotkin, *Selected Writings*, pp. 245—7.
19. Kropotkin, *Selected Writings*, pp. 246—53.
20. Polanyi, *The Great Transformation*, pp. 41—2, 75.
21. Polanyi, *The Great Transformation*, p. 163.
22. K. Smith, *Free is Cheaper* (Gloucester: The John Ball Press, 1988) citado en David Pepper, *Modern Environmentalism* (Londres: Routledge, 1996) p. 302.
23. La 'lógica del crecimiento' ha sido analizada adecuadamente tanto desde el punto de vista liberal como desde la perspectiva marxista. Para un análisis desde el punto de vista ecológico ver por ejemplo Michael Jacob, *The Green Economy* (Londres: Pluto Press, 1991) pp.3-49. También el capítulo titulado 'Why capitalism needs growth' en el libro de Richard Douthwaite es útil a pesar

- de la aproximación profundamente ecologista que adopta; Richard Douthwaite, *The Growth Illusion* (Devon, Reino Unido: Resurgence, 1992) pp.18-32.
24. Henry Teune, *Growth* (Londres: Sage Publications, 1988), p. 13.
 25. Polanyi, *The Great Transformation*, p. 71.
 26. Karl Marx, *A Contribution to the Critique of Political Economy* (Londres: Lawrence & Wishart, 1971), p. 21.
 27. A.G. Kenwood and A.L. Lougheed, *The Growth of the International Economy, 1820-1980* (Londres: George Allen & Unwin, 1983), p. 74.
 28. Kenwood and Lougheed, *The Growth of the International Economy*, pp. 79—80.
 29. Kenwood and Lougheed, *The Growth of the International Economy*, p. 40.
 30. Kenwood and Lougheed, *The Growth of the International Economy*, Tabla 6.
 31. Kenwood and Lougheed, *The Growth of the International Economy*, p. 143.
 32. Kenwood and Lougheed, *The Growth of the International Economy*, p. 91.
 33. Will Hutton, *The State We're In* (Londres: Jonathan Cape, 1995), p. 174.
 34. Nicholas Barr, *The Economics of the Welfare State* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1987), Cap. 2.
 35. Friedrich Engels, *The Role of Force in History* (New York: International Publishers, 1968), pp. 34-5.
 36. E. Gellner, *Nations and Nationalism* (Oxford: Blackwell, 1983), p. 138.
 37. Polanyi, *The Great Transformation*, p. 218.
 38. Polanyi, *The Great Transformation*. Ver en particular pp. 233—4.
 39. Polanyi, *The Great Transformation*, Cap. 1.
 40. Citado en Victor Argy, *The Postwar International Money Crisis* (Londres: Allen & Unwin, 1981), p. 17.
 41. W.L. Goldfrank, 'Fascism and the great transformation', en Kari Polanyi-Levitt (ed.) *The Life and Work of Karl Polanyi* (Montreal: Black Rose Press, 1990), p. 90.
 42. Kenwood and Lougheed, *The Growth of the International Economy*, pp. 185—6.
 43. Michael Bleaney, *The Rise and Fall of Keynesian Economics* (Londres: Macmillan, 1985), p. 66.
 44. Bleaney, *The Rise and Fall of Keynesian Economics*, pp. 41—52.
 45. Bleaney, *The Rise and Fall of Keynesian Economics*, p. 75.
 46. Polanyi, *The Great Transformation*, p. 245.
 47. UK, *Social Insurance and Allied Services* (Tite Beveridge Report), Cntd. 6404 (London: HMSO, 1942).
 48. A. Maddison, *Phases of Capitalist Development* (Londres: Oxford University Press, 1982), p. 91.
 49. Para una discusión sobre la evidencia relevante ver Bleaney, *The Rise and Fall of Keynesian Economics*, Cap. 4.
 50. Andrew Glynn, 'Social democracy and full employment', *New Left Review*, No. 211 (Mayo/Junio 1995), Tabla 1.
 51. Ver R. Matthews, 'Why has Britain full employment since the war?', *Economic Journal*, Vol. 78, No. 3 (1968).
 52. Bleaney, *The Rise and Fall of Keynesian Economics*, p. 92.
 53. Ian Gough, *The Political Economy of the Welfare State* (Londres: Macmillan, 1979), Tabla 5.2, p. 79.
 54. Ian Gough, *The Political Economy of the Welfare State*, Tabla 5.1, p. 77.
 55. David Greenaway, *International Trade Policy: From Tariffs to the New Protectionism* (Londres: Macmillan, 1983), p. 153.
 56. Philip Armstrong et al., *Capitalism Since World War II* (Londres: Fontana, 1984), Tabla 10.3, p. 215.
 57. Andrew Glynn, 'Social democracy and full employment', Tabla 2.
 58. Para una descripción excelente del gradual levantamiento de los controles de capitales en Gran Bretaña bajo la presión de los mercados, ver Will Hutton, *The State We're In*, Cap. 3.

59. Ver A.P. Thirlwall, *Balance of Payments Theory* (Londres: Macmillan, 1980), Cap. 11.
60. Andrew Glynn y Bob Sutcliffe, *British Capitalism, Workers and the Profits Squeeze* (Harmondsworth: Penguin, 1972), Tabla F. 1, p. 260.
61. Philip Armstrong et al., *Capitalism Since World War II*, Tabla 11.10, p. 260.
62. Philip Armstrong et al., *Capitalism Since World War II*, p. 246.
63. En Gran Bretaña, por ejemplo las rentas públicas totales como un porcentaje del PBI creció un 9% entre 1951 y 1975, mientras que la relación correspondiente para el total de gastos del Estado creció en el mismo período un 29%. Ian Gough, *The Political Economy of the Welfare State*, Tabla 5.1, p. 77.
64. Andrew Glynn, 'Social democracy and full employment', Tabla 1.
65. Nick Bosanquet, *After the New Right* (Londres: Heinemann, 1983) p. 126.
66. Ver Yiannis Voulgaris, *Liberalism, Conservatism and the Welfare State, 1973—1990* (Themelio: Atenas, 1994) (en Griego).
67. M.J. Crozier, S.P. Huntington and J. Watanuki, *The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission* (New York: New York University Press, 1975).
68. Will Hutton, *The State We're In*, p. 103.
69. Philip Armstrong et al., *Capitalism Since World War II*, Tabla 14.1.
70. OECD, *Economic Outlook*, No. 57, 1995; and European Commission, *European Economy*, No. 59, 1995.
71. European Commission, *Eurostatistics*, Noviembre 1995; OECD, *Economic Outlook*, No. 58, Diciembre 1995.
72. Hazel Henderson, *Resurgence* (Mayo-Junio 1993), pp. 10-14.
73. Erie Helleiner, 'From Bretton Woods to global finance: a world turned upside down' en Richard Stubbs y Geoffrey R.D. Underhill, *Political Economy and the Changing Global Order* (Londres: Macmillan, 1994).
74. Christopher Johnson, *The Economy Under Mrs. Thatcher, 1979-1990* (Londres: Penguin, 1991) p. 168.
75. Johnson, *The Economy Under Mrs. Thatcher*. Cálculos basados en los datos de la Tabla 27.
76. Andrew Glynn, 'Social democracy and full employment', Tabla 1.
77. International Labor Organization (ILO), *Yearbook of Labor Statistics* (Ginebra: ILO, varios años); and Frank Blackaby (ed.) *De-Industrialization* (Londres: Heinemann, 1979), Tabla 10.2.
78. Western, 'Union decline in 18 advanced capitalist countries', citado por Frances Fox Piven 'Is it global economics or neo-laissez-faire?', *New Left Review*, No. 213 (Set.-Oct. 1995).
79. Will Hutton, *The State We're In*, p. 92.
80. Nick Bosanquet, *After the New Right*, p. 126.
81. Bob Jessop et al., 'Popular capitalism, flexible accumulation and left strategy', *New Left Review* (Sept.-Oct. 1987).
82. Will Hutton, *The State We're In*, p. 106.
83. Alissa Goodman and Steven Webb, *For Richer, For Poorer* (Londres: Institute of Fiscal Studies, 1994), Figura 2.3.
84. Cinco millones de americanos viven encerrados entre alambres de púas, con su propia policía privada y dispositivos de seguridad (BBC Panorama 29 de enero de 1996).
85. John Kenneth Galbraith, *The Culture of Contentment* (Londres: Penguin, 1993), p. 15.
86. Will Hutton, *The State We're In*, p. 108.
87. Galbraith, *The Culture of Contentment*, p. 15.
88. Banco Mundial, *World Development Report 1995*, Tabla 30; Goodman and Webb, *For Richer, For Poorer*.
89. Los datos acerca de la industria cinematográfica son tomados de *Film and Television Handbook 1993* (Londres: British Film Institute, 1993), Tablas 14, 16, 38.
90. Como K. Gouliamos, un profesor de medios masivos de comunicación residente en Canadá, señaló en el semanario ateniense *To Vema* (9 de febrero, 1992).
91. Banco Mundial, *World Development Report 1995*, Tablas 2, 13. (Ver Tabla 1.1.).

92. Banco Mundial, World Development Report 1995, Tabla 9.
93. Banco Mundial, World Development Report 1995, Tabla 13.
94. La penetración de importaciones en Francia, Alemania, Italia, Reino Unido y Suecia ha crecido desde el 16% a comienzos de los 1970s al 25,7% en 1985-90, Andrew Glym, 'Social democracy and full employment', Tabla 2.
95. Paul Hirst and Grahame Thompson, *Globalization in Question* (Cambridge: Polity Press, 1996), pp. 54—5.
96. UN—TCMD, *World Investment Report*, 1993.
97. *The Guardian* (7 de Marzo de 1995).
98. Noam Chomsky, 'Rollback IV', *Z Magazine* (Mayo de 1995).
99. Hirst and Thompson, *Globalization in Question*, p. 51.
100. Hubo un incremento de diez veces en los préstamos internacionales entre los 1970s y los 1980s: de aproximadamente 96 billones de dólares en 1976-80 a 819 billones de dólares en 1993, Hirst y Thompson, *Globalization in question*, Tabla 2.9.
101. La penetración extranjera en los mercados nacionales de bonos de los gobiernos centrales de los países capitalistas avanzados creció un 50% en la última década (de 10% en 1983 a 15% en 1989); Hirst y Thompson, *Globalization in question*, Tabla 2.11.
102. Andrew Glynn, 'Social democracy and full employment', p. 41.
103. Will Hutton, *The State We're In*, p. 61.
104. Eurostat, *A Social Portrait of Europe* (Luxemburgo: Statistical Office of the European Communities, 1991), Tabla 6.13, p. 72.
105. Una comparación muy reciente del costo laboral para producir un canasta de bienes standard de 100 dólares muestra que en un país periférico como Grecia o Portugal el costo laboral es 50 dólares contra 85 en Alemania o Dinamarca; OECD/The Observer (10-9-95).
106. Eurostat, *Basic Statistics of the Community* (Luxemburgo: Statistical Office of the European Communities, 1992), Tablas 2.12—2.19, pp. 56—65.
107. Ver, por ejemplo, Mica Panic, *European Monetary Union* (Londres: St Martin's Press, 1993).
108. Polanyi, *The Great Transformation*, p. 29.
109. Richard Stubbs and Geoffrey R.D. Underhill, 'Global issues in historical perspective' en *Political Economy and the Changing Global Order* (Londres: Macmillan, 1994), p. 156.
110. ONU, *Development Report*, 1992.
111. Hirst and Thompson, *Globalization in Question*.
112. Hirst and Thompson, *Globalization in Question*, p. 3.
113. Suzan Strange, 'Rethinking structural change in the international political economy: states, firms and diplomacy' in Stubbs and Underhill, *Political Economy and the Changing Global Order*, p. 104.
114. Hirst and Thompson, *Globalization in Question*, p. 6.
115. Hirst and Thompson, *Globalization in Question*, p. 17.
116. Esto resulta obvio a partir de aseveraciones como la siguiente: 'Los gobiernos nacionales no han demostrado impotencia de cara a una abrumadora 'globalización' de las finanzas internacionales. Indudablemente, ellos se han unido para organizar una supervisión efectiva de la nueva situación. Esto mantiene sin embargo la limitada supervisión de una economía internacional conducida por el mercado. La regulación no intenta alterar la fijación de precios por los mercados en la dirección de los flujos financieros', Hirst y Thompson *Globalization in question*, p.134-5.
117. Hirst and Thompson, *Globalization in Question*, p. 152.
118. Hirst and Thompson, *Globalization in Question*, p. 163.
119. Hirst and Thompson, *Globalization in Question*, p. 15.
120. Hirst and Thompson, *Globalization in Question*, p. 27.
121. Las mediciones estadísticas usadas por Hirst y Thompson (balance de cuenta corriente en relación al PBI) resulta ser obviamente inapropiada para medir la apertura financiera en el caso de los EEUU. El superávit de las cuentas corrientes en EEUU fue reducido drásticamente de 32,2 billones de dólares en 1960-77 a menos de 5 billones en 1968-81 (Phillip Armstrong y colaboradores, *Capitalism since World War II* (Londres: Fontana, 1984) Tablas 10.7,12.2 y 16.6) Esto debería representar una correspondiente disminución en el flujo saliente de capitales y en el

- grado de apertura financiera de los EEUU. Sin embargo, el flujo de inversiones directas de EEUU hacia otros países capitalistas avanzados creció de 3,4% de las inversiones totales de EEUU en el periodo 1960-69 al 44% en 1970-74 (Grazia Ietto-Gillies, 'Some indications of multinational domination of national economies' *International Review of Applied Economics*, Vol. 3, n° 1, 1989, Tabla 1) ¡indicando exactamente lo opuesto! La razón es obvia. Los EEUU, como el país con la mayor reserva de moneda no depende de los superávits de cuentas corrientes para financiar sus inversiones en el exterior -como si dependen los países sin reservas. Por consiguiente, el cociente de balance de cuenta corriente a PBI no puede ser usada como medida de apertura financiera en el caso de países con reservas de moneda como EEUU a pesar de la enorme importancia financiera del país.
122. Ver Takis Fotopoulos, *La guerra del Golfo: la primera batalla en el conflicto Norte—Sur* (Atenas: Exantas, 1991) (en griego).
123. Robert W. Cox, 'Global restructuring: making sense of the changing international political economy' in Richard Stubbs and Geoffrey R.D. Underhill, *Political Economy and the Changing Global Order*, p. 53.
124. Ver, por ejemplo, Eric Heffer, 'A rallying call for Eurosocialists', *The Guardian* (1 Nov. 1990).
125. Ver también Takis Fotopoulos, *El consenso neoliberal y la crisis de la economía de crecimiento* (Atenas: Gordios, 1993), Cap. 12 (en griego).
126. Jean—Marie Guehenno, *The End of the Nation-State* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1995).
127. Ver, por ejemplo, Robert Wade, *Globalization and Its Limits: The Continuing Economic Importance of Nations and Regions* (University of Sussex: Institute of Development Studies, 1994); Linda Weiss and John Hobson, *States and Economic Development: A Comparative Historical Analysis* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995); así como el estudio de Hirst y Thompson, *Globalization in Question*.
128. Jean-Marie Guehenno, *The End of the Nation-State*, p. 19.
129. Jean-Marie Guehenno, *The End of the Nation-State*, p. 138.
130. Jean-Marie Guehenno, *The End of the Nation-State*, p. xii.
131. Jean-Marie Guehenno, *The End of the Nation-State*, p. 141.
132. Penny Kemp y colaboradores., *Europe's Green Alternative: A Manifesto for a New World* (Londres: Greenprint, 1992), p. 42.